

DESTINADOS A LA CRUZ

Paul E. Billheimer

Libros CLIE Galvani, 113 TERRASSA (Barcelona) DESTINADOS A LA CRUZ Originally published in the USA under the title DESTINED FOR THE CROSS. © 1982 by Paul E. Billheimer. © 1983 por CLIE. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida sin el permiso escrito de los editores, con la excepción de breves citas. Versión española: Samuel Vila ISBN 84 - 7228 - 786 - 6 Depósito Legal: B. 34.507 - 1983 Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb, A.C. n.º 265 R.G. Galvani, 115. Terrassa Printed in Spain

CONTENIDO:

ÍNDICE PRÓLOGO

Primera parte

“DESCIENDE DE LA CRUZ”

1. EL TRONO DEL UNIVERSO ES UNA CRUZ

La ley del Universo es sacrificio propio.
Satán ofrecido a Cristo, una conquista sin cruz
Esta verdad es más que histórica
Empieza la batalla
La batalla se intensifica
Atando el sacrificio

EN QUE FORMAS SE DESCIENDE DE LA CRUZ

La cruz, el secreto de la victoria
Incluso lo legítimo tiene que morir

3. COMO HACER USO DE LA CRUZ

Una muerte más profunda al yo
No hubo otro camino para Cristo; tampoco lo hay para nosotros
La cruz es muerte a la indulgencia

4. UN ERROR FATAL

La cruz y la autoridad

5. MUERTE PROGRESIVA.

Una crisis y un proceso
La primera palabra del Evangelio
Arrepentimiento y restitución
Bastante enfermo para morir
La cruz, sustitución y representación

6. EL PECADO COMO ACTO Y COMO DISPOSICION

El camino a la vida

Una gran batalla

Incluso lo mejor del yo tiene que morir.

7. LA VERDADERA SANTIDAD, UN EQUILIBRIO ENTRE EXPERIENCIA Y ETICA.

Santidad y promoción propia

La verdadera santidad, un equilibrio entre teoría y práctica

Santidad no es corrección teológica

Santidad entre crisis y proceso

La descentralización del yo

El alma santa no tiene intereses personales a servir

8. LA GLORIFICACION DEL MARTIRIO

No somos imprescindibles

El heroísmo, una nota que ha perdido el Cristianismo

¿Fue la muerte de Cristo una pérdida?

La ley de la vida

La muerte en la vida, o vida por la muerte

Segunda parte

“COMO MORIBUNDOS, MAS HE AQUI QUE VIVIMOS”

9. CONSIDERANDO LA NECESIDAD

La necesidad de un propósito firme

El precio del progreso espiritual

El desafío del apóstol

El hombre no quebrantado sirve para poco

Morimos para vivir

No hay vida sino en la muerte

El grano de trigo

El vaso de alabastro roto

10. LA SABIDURIA DE OLVIDAR

El propósito de la pena

El peligro de la pena

La bendición de la pena

No te dejes perder tus penas

Olvidando nuestras equivocaciones

Equivocaciones pueden ser bendición

Dios puede invalidar el error

Si fallas la primera vez

Según le parecía al alfarero

El camino del arrepentimiento

Olvidando lo que nos duele

Olvidando logros pasados

11. LA LENTITUD DEL PROCESO

Es Dios que nos moldea

No hay nada accidental
Dios no ha terminado todavía con nosotros
Este mundo no pertenece al diablo

12. CONCENTRACION

Envidia de los ángeles
Tareas humildes —Gracia celestial
La santidad requiere esfuerzo
Devociones regulares
La práctica hace la perfección

13. EL FUTURO VELADO

Las glorias del cielo veladas
Como tus días serán tus fuerzas
Un día a la vez
Calzado especial para caminos ásperos
El mejor oro de la vida
Dios guía a los planetas
Dios guía también las vidas humanas.
El guía por medio de cosas pequeñas
La Tierra está llena de cielo
Nos guía a través de cosas comunes

14. ¿CUAL ES TU MISION?

Te sientes burlado en la vida.
Piensa en la esfera humilde de Cristo.
Los caminos de Dios son siempre rectos, aunque no fáciles.
El camino abrupto de Pablo.
Belleza en la oscuridad. .

15. NO TODO EN LA VIDA ES ACTIVIDAD.

El tiempo pasado en enfermedad no tiene que ser perdido
La importancia del «descanso».
En toda vida hay sus inviernos.
Dios marca el paso
Devoción antes de la acción
Prioridad de la devoción
La montaña Koreana de oración.

PROLOGO

Cuando era un estudiante en un College cristiano tuve el privilegio de escuchar durante los servicios de la capilla, que se celebraban cada día, a muchos de los conocidos predicadores de la «vida profunda» de aquellos tiempos. Y aunque tenía el anhelo de entender sus mensajes y deseaba ponerlos por obra, fracasé una y otra vez —año tras año— en poder captar el significado de sus admoniciones bíblicas citadas con frecuencia: «Consideraos muertos al pecado» (Romanos 6:11). De la misma forma que había recibido a Cristo por la fe, se me decía, también podía, por la fe, ser librado del poder del pecado dentro de mí. Pero para mí, la cosa no daba resultado. Lo intenté una y otra vez, pero no ocurrió nada, excepto una serie de años de fracaso y de desánimo.

Ojalá que hubiera poseído este libro en aquellos días. ¡Cuánto sufrimiento espiritual me habría ahorrado! Porque aquí está presentada junta toda la enseñanza de la Biblia sobre este tema vital, con

instrucciones sobre lo que hay que hacer para poner la fe en acción y poner a prueba el autoengaño, que puede destruir tan fácilmente el logro de este objetivo.

Nuestro autor indica que «lo que hemos hecho de modo teórico» (el consideramos muertos al pecado) «tiene que ser obrado de modo práctico en todas las infinitas variaciones de la vida cotidiana...» Y nos dice cómo.

El autor indica, también, algo más que ya había descubierto temprano, esto es, que no es fácil continuar deseando estar crucificado con Cristo. Aquí también da una ayuda valiosísima que puede «permitir al Espíritu de Dios el estar en el trono de tu corazón, en vez de seguir el deseo natural de correr el curso de tu propia vida, e ir a parar a una cuneta espiritual».

Deseo que este libro sea tan útil y provechoso para ti como lo ha sido para mí.

Ken Taylor

Primera parte

“DESCIENDE DE LA CRUZ”

Capítulo 1

EL TRONO DEL UNIVERSO ES UNA CRUZ

LA LEY DEL UNIVERSO ES EL SACRIFICIO PROPIO

El sacrificio propio es el fundamento sobre el cual está edificado el universo, la ley por la cual funciona. Si el sacrificio no fuera la ley suprema del universo, ¿obraría Dios, el supremo rey del universo, sobre este principio? Por medio del Calvario, Dios no está diciendo: «Este es el trono del universo, no sólo para Cristo; es el único camino al poder, la autoridad, el mando para cada uno.»

Satanás desafió este principio y perdió. En todas las circunstancias de la vida y obra diaria, Dios nos está dando a cada uno el poder elegir entre actuar sobre este principio en preparación para el gobierno eterno; o, de descender de la cruz, para salvarnos a nosotros mismos y con ello perder la corona. Las únicas personas que tienen autoridad auténtica sobre Satanás son los que prefieren quedarse en la cruz permitiéndole que los libre de todo buscarse, servirse y fomentarse a sí mismos.

Mateo 27:39-42: «Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: “Tú que derribas el templo, y en tres días lo edificas, sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.” De esta manera, también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos, los ancianos, decían: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él.”» Lucas 23:35: «Y el pueblo estaba de pie, mirando; y aun los gobernantes se burlaban de él, diciendo: “A otros salvó; sálvese a sí mismo; si éste es el Cristo, el escogido de Dios.”»

SATAN OFRECIO A CRISTO UNA CONQUISTA SIN LA CRUZ

En varias ocasiones durante la vida y ministerio de Jesús, Satanás le ofreció a Cristo un camino fácil a la supremacía o al poder, sin la cruz. Pero tantas veces como se hicieron estas ofertas, fueron rechazadas. Jesús escogió de modo deliberado la cruz. La tentación y la oportunidad de escapar de la cruz estuvieron siempre presentes en su carrera. Pero El puso su rostro como un pedernal y finalmente precipitó su propia muerte.

Al principio de su ministerio, Jesús se enfrentó con esta alternativa: «Te daré todos los reinos de este mundo si postrado me adoras.» Esta era una oferta de conquista sin la muerte, una corona sin la cruz. En realidad, toda la fuerza de la tentación consistía en la perspectiva de conseguir poder aparte del sufrimiento, de la elevación sin la humillación.

La misma alternativa se le presentó a Jesús cuando le visitaron los griegos, que habían dicho a uno de los discípulos: «Queríamos ver a Jesús.» Algunos creen que los griegos intentaban pedirle que fuera a su país, donde podría continuar su obra seguro, libre de la amenaza de muerte. Y Jesús respondió a esta invitación con las palabras: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12:24). Cristo sabía que su muerte tenía que preceder a la extensión de su vida al mundo pagano, y rehusó ser desviado de su curso.

Por tercera vez llegó esta tentación. Cuando estaba de camino hacia Jerusalén, próximo el término de su ministerio, Jesús les dijo a sus discípulos lo que le ocurriría en Jerusalén, que sería escarnecido, le escupirían, lo rechazarían y lo crucificarían los escribas y los principales sacerdotes. A la mente camal de Pedro esto le pareció una tragedia, que resultaba en la anulación de todo el ministerio de Jesús, sin mencionar la contrariedad que representaba para él en su ambición de llegar a ser un potentado en un reino temporal. Por tanto, tomó a Jesús aparte y empezó a reprochárselo y le dijo: «Señor, que jamás acontezca esto.» De nuevo Jesús rechazó la tentación, diciéndole a Pedro: «Apártate de mí, Satanás.»

En la escena que tenemos delante, Cristo está colgando de la cruz. Las profecías propias sobre su muerte han quedado confirmadas. Los momentos que ansiosamente había contemplado en el futuro inmediato se han realizado. Ha llegado la hora para la cual El había venido al mundo, casi, no del todo. Una vez más, en la agonía de la crucifixión, en los terribles momentos de angustia que precedían a la muerte, en este dolor insufrible, vuelve a aparecer la tentación: «Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz.»

No se necesita decir que Cristo tenía el poder de hacerlo si hubiera querido. «¿O te parece que no puedo ahora rogar a mi Padre, y que él no pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Pero, ¿cómo se cumplirían entonces las Escrituras, de que es menester que suceda así?» (Mateo 26:53, 54). Esto es lo que le dijo Jesús a Pedro en el Huerto. Sin duda, podía descender de la cruz. Y la tentación de salvarse y con ello evadir la cruz en la hora en que tenía que apurar las mismas heces de la amarga copa del Calvario era todavía más aguda. Con el pulso acelerado por la fiebre, y con todo nervio y todo músculo en la agonía del dolor, con un sentimiento de abandono abrumador, el apostrofe: «Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz», tiene que haberle afectado con fuerza terrible.

¿Va a descender? ¿Contestará al desafío salvándose a sí mismo? ¿Va finalmente a rehusar la cruz? El trono del universo se está jugando aquí. Si desciende de la cruz, pierde el trono. Por extraño que parezca, aquí es donde Satanás fue derrotado finalmente, completamente deshecho, y expulsado de su trono de autoridad. Como dice el doctor F. J. Huegel: «El trono del mundo es una cruz. Cristo reina desde el madero.» Por haber ido a la Cruz, Cristo reina desde el madero.» Por haber ido a la Cruz Cristo es hoy supremo en el Universo y esta supremacía se hará manifiesta abiertamente un día, como nos revela claramente el libro del Apocalipsis. Recuerda, querido hermano, que no hay un camino para El y otro para nosotros. La idea de que es posible es un engaño satánico.

ESTA VERDAD ES MAS QUE HISTORICA

Todo lo dicho es puramente histórico. Cristo reina hoy porque fue a la cruz y permaneció en ella hasta que la muerte dejó libre su vida para el mundo. Pero es más que una verdad histórica. Es inclusiva también, porque Pablo dice escribiendo de los creyentes en Romanos 6:6: «Conocedores de esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo de pecado

sea reducido a la impotencia, a fin de que no sirvamos más al pecado.» «Fuimos, pues, sepultados juntamente con él para muerte por medio del bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos para la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida» (v. 4). Plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte» (v. 6). Y en Gálatas 2:20: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí, y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» Estos textos de la Escritura y otros nos enseñan claramente que todos los creyentes participamos en la muerte de Cristo.

Pero como indica el doctor Huegel, nuestra muerte en Cristo es una comunión potencial. Huegel dice: «Aunque desde el punto de vista divino es algo consumado hace mucho tiempo, completado histórica y objetivamente, con todo, desde el ángulo humano, es algo que está pendiente, disponible y que sólo por medio del ejercicio de la fe pasa a ser efectivo, en la experiencia.»

EMPIEZA LA BATALLA

Cuando nos consagramos totalmente para ser santificados, limpiados de la mente carnal y llenados del Espíritu, estamos de acuerdo en que nuestro «viejo hombre», que ha sido judicialmente crucificado con Cristo, será clavado en la cruz de modo real y práctico. Cuando Dios ve que vamos en serio, que nuestro consentimiento es voluntario y auténtico, acepta el sacrificio. Y entonces empieza la batalla. Lo que hemos hecho teóricamente tiene que ser realizado prácticamente en todas las infinitas variedades de nuestra vida cotidiana, de nuestra experiencia cristiana y nuestra conducta. Una vez hemos admitido que nuestro «viejo hombre» está clavado en la cruz de modo real y práctico, empieza la gran algarabía provocada por Satán, el cual empieza a simpatizar con toda la vida de la naturaleza y del yo, tal como Pedro simpatizó con Jesús cuando dijo: «Señor, que en modo alguno esto acontezca.» Y a menos que seamos muy cuidadosos, vamos a aceptar la simpatía, a estar de acuerdo con Satán de que nuestra carne no debe morir, que somos demasiado buenos para la cruz, y que en nuestro caso, la cruz es una equivocación. La simpatía es una cosa muy sutil, y aunque con frecuencia es un rasgo de semejanza a Cristo, puede también pertenecer a la carne. Jesús rechazó la simpatía de Pedro, diciendo que era de la carne, y no de Dios. Jesús sabía que su trono era una cruz y no permitió que se le desviara. Cuando Dios está tratando con alguien en términos de disciplina, cuando está permitiendo que la cruz obre en su vida, hemos de ser muy cuidadosos en simpatizar con esta persona. Es posible que haciéndolo estés poniéndote en el lado que va contra Dios. Por medio de esta simpatía, puedes atraer a esta persona hacia ti, pero al mismo tiempo apartarla de Dios.

Satán hará siempre todo lo que pueda para evitar que vayas a la cruz en plena consagración por la muerte de tu yo. Cuando has hecho la entrega inicial de permitir que la cruz elimine a tu «viejo hombre» hará todo lo posible para conseguir que descendas de la cruz, como le tentó a Jesús a que lo hiciera. Es posible que por medio de Pedro o de algún hermano suyo te diga: «Que en modo alguno esto te acontezca.» Oswald Chambers dice que «ningún santo debe interferir en la forma en que Dios disciplina a otro santo». Llama a esto ser una «providencia de aficionado».

LA BATALLA SE INTENSIFICA

Tan pronto como has renunciado a tu «viejo hombre», a la vieja vida de la naturaleza y del yo, para que sea crucificada prácticamente en la cruz, Satán o alguno de sus instrumentos, como Pedro en aquel caso, pueden empezar a simpatizar con toda la vida de la naturaleza que todavía no ha ido a la cruz prácticamente. Y aunque lo que llamamos la mente carnal, la que se rebela contra Dios, puede haber sido muerta realmente, de modo que todo el ser desea sólo hacer la voluntad de Dios, con todo, a medida que aparece cada experiencia de participación y aplicación nueva y más profunda, siempre está presente la tentación: «Sálvate a ti mismo y descende de la cruz.» Y aunque ya nos hemos entregado para ser crucificados, cuando se llega a los casos de aplicación práctica de la cruz, ¿quién es que se atreverá a decir que nunca cede a la tentación de «descender de la cruz»?

ATANDO EL SACRIFICIO

Aunque muchos saben lo que significa el tomar la posición y entregarse a la cruz en una crisis de consagración y fe, y experimentar la limpieza de la mente carnal, son muy pocos los creyentes santificados y profesantes de la santidad que sepan lo que es realmente vivir una vida crucificada.

Hay, sin duda, una falta entre nosotros respecto a este punto. Por falta de enseñanza sobre la aplicación diaria y progresiva de la cruz, por falta de enseñanza de la forma de vivir momento tras momento la vida crucificada, los que profesamos la santidad hemos permanecido, la mayoría, superficiales e inmaduros. Después que te has entregado inicialmente para ir a la cruz en plena consagración para siempre, se requiere una decisión verdadera para resistir la tentación a entrar en componendas respecto a esta consagración y descender de la cruz.

El Salmo 118:27 nos insta a esta clase de resolución: «Atad víctimas con cuerdas a los cuernos del altar.» Esto no suena como una fiesta campestre. Por falta de énfasis sobre la vida crucificada, nuestro cristianismo carece tristemente de profundidad. Por no damos cuenta de que la vida santificada es simplemente una vida de participación siempre creciente en la muerte de Cristo, tenemos momentos en que, por distracción, descendemos de la cruz. En vez de concentrarnos en una vida de crucifixión mantenida constantemente al rehusar descender de la cruz, hemos estado dependiendo de una crisis pasada. Y cuando hemos comprendido las evidencias de la muerte, en vez de llevarlas al instante a la cruz, para confesión y restitución, hemos señalado hacia esta crisis y hemos dicho: «Como he sido santificado, no puede haber nada en mi vida que necesite la cruz. Ya he terminado con la cruz. Morí una vez y ya he terminado con la muerte.» Y esta actitud es la madre de toda una serie de vicios espirituales, tan feos como numerosos.

Capítulo 2

EN QUE FORMAS SE DESCENDE DE LA CRUZ

Es posible que a estas alturas alguien se esté preguntando: «¿Pero qué significa exactamente descender de la cruz?» Mi respuesta es: «Todo lo que sea salvarse a uno mismo es un descenso de la cruz.» Todo lo que sea seguir un camino fácil cuando se afectan principios espirituales lleva implicado un descender de la cruz. Para ser explícito y exacto: Todo esfuerzo para excusar, defender, reivindicar o eximirse de algo a uno mismo es, en efecto, un descender de la cruz. La compasión de uno mismo es una forma de autodefensa. Significa que crees que te han hecho una injusticia y sientes pena por ti mismo, porque ves que no puedes hacer nada sobre ello. Cuando cedes a la compasión de ti mismo, has descendido de la cruz. El someterse al resentimiento es un descender de la cruz. El resentimiento es una autodefensa. Significa que crees que te han hecho una injusticia y te molesta el que no puedes hacer nada para repararlo. La reivindicación propia es un descenso de la cruz, porque es una forma de autodefensa. ¡Cuántos problemas resultan de los esfuerzos para reivindicarse! Iglesias enteras han sido divididas y almas han sido condenadas porque alguien no pudo abstenerse de buscar reivindicación para sí mismo. Tienes que descender de la cruz a fin de reivindicarte a ti mismo. La reivindicación es una autodefensa.

El rehusar aceptar la culpa y colocarla sobre otros es un descender de la cruz. Es muy difícil el aceptar la culpa de algo y es fácil echar la culpa a otros. Esto es una forma de autodefensa y es un descender de la cruz. Cuando uno no ha sido bien comprendido, los esfuerzos excesivos para explicarse son lo mismo. No tenemos la fe de hacer lo que hizo Jesús: encomendar nuestras almas a Dios como nuestro fiel Creador. La autojustificación significa que hemos descendido de la cruz. El sentirse agraviado ante una ofensa real o imaginaria es descender de la cruz. La mayoría de críticas

ásperas, si no todas, son una forma de autodefensa y autojustificación, y por tanto, es un descender de la cruz. El espíritu de partido, que no es nada más que un defender el grupo o punto de vista espiritual, resulta en un juicio definido sobre la inteligencia o sinceridad de todos los que no están de acuerdo conmigo y es una forma sutil de autojustificación y de consideración a mí mismo.

Creo que nadie que sea sincero y esté bien informado va a poner en duda la afirmación de que casi todas estas cosas, si no prevalecen, por lo menos son comunes en prácticamente toda denominación de la santidad y en muchas de las llamadas iglesias llenas por el Espíritu. Estaré de acuerdo si dices que aún ocurren cosas peores en las grandes denominaciones, pero esto no justifica en lo más mínimo el que sean toleradas entre nosotros. Sólo demuestra lo que he venido diciendo: que aunque muchos de nosotros podemos dar testimonio de que hemos sido salvados y santificados, o llenados por el Espíritu, pocos osaríamos decir que estamos viviendo la vida crucificada.

LA CRUZ, EL SECRETO DE LA VICTORIA

Y con todo, aquí está el secreto de la victoria: no una crisis básicamente pasada, sino un ceder hoy, día tras día, a la cruz. Sólo hay un lugar en que tenemos poder sobre Satán y es en la cruz. Fue en la cruz, y por la cruz, que Cristo le venció. La cruz fue su derrota. Y éste es el único lugar en que Satanás es derrotado cuando lo es. El único punto en que Satán no nos puede tocar es cuando estamos al pie de la cruz. La única parte de nuestra naturaleza que Satán no puede tocar es la que ha sido crucificada y permanece en la cruz. Si miras hacia atrás en tu vida, la única ocasión en que has sido derrotado fue cuando descendiste de la cruz. Y siempre has sido derrotado cuando se te indujo a descender de la cruz. Si Satán pudiera haber seducido a Cristo a descender de la cruz, hubiera vencido a Cristo. Y Satanás siempre nos vence cuando descendemos de la cruz. Si Satanás pudiera conseguir que descendiéramos de la cruz, nos tendría en su poder. Pero no puede tocarnos en tanto que permanecemos en la cruz. Es allí que podemos derrotarlo. La cruz es su derrota. Satán no tiene poder cuando estamos en la cruz, pero nos vence cuando descendemos. Y continuamos siendo derrotados hasta que regresamos a la cruz.

La cruz es nuestro lugar único de seguridad. Es el único lugar en que tenemos poder sobre el poder del enemigo. Muchos, por no saber esto, aunque hemos tenido una crisis de santificación al ser llenados del Espíritu, no saben cómo hacer uso de la cruz como arma contra Satán. Descendemos de la cruz, nos hacemos cargo de las cosas, seguimos nuestro propio juicio, caemos en la compasión de nosotros mismos, la autojustificación, el resentimiento y otras formas de autodefensa, y somos derrotados hasta que nos desprendemos de todo ello y regresamos a la cruz. Hallamos constante victoria cuando aprendemos a estar en la cruz.

INCLUSO LO QUE ES LEGITIMO TIENE QUE MORIR

Algunos rechazan mi énfasis en la santificación progresiva porque creen en la santificación como una obra instantánea. No hay nada de lo que yo he dicho que, en lo más mínimo, ponga en duda esta posición. Lo único que estoy haciendo es tratar de poner contenido ético en la profesión de santificación, del cual tenemos mucha necesidad hoy. No soy el único que piensa de esta manera. La cruz es, no sólo por los pecados y el pecado, sino que está destinada para nuestro legítimo yo también.

Capítulo 3

COMO HACER USO DE LA CRUZ

Que hay un yo legítimo, a distinción del yo camal, es algo sobre lo que están de acuerdo los mejores escritores sobre la santidad. La cruz no sólo es para eliminar lo que está en contradicción directa con Dios, que nosotros llamamos la mente camal, sino también para eliminar toda la vida de la

naturaleza y del yo, que no puede ponerse bajo la clasificación de rebeldía contra Dios, pero que, a pesar de todo, como pertenece al yo en vez de a Dios, no puede ser usada por Dios y hay que ponerla de lado. George D. Watson, un escritor en los comienzos del movimiento de la Santidad, dice con respecto a este punto:

UNA MUERTE MAS PROFUNDA AL YO

Hay no sólo una muerte al pecado, sino que en muchas otras cosas hay una muerte más profunda para el yo —una crucifixión en detalle y en lo pequeño de la vida— después que el alma ha sido santificada. Esta crucifixión más profunda al yo es el desplegarse y la aplicación de todos los principios de renuncia a uno mismo con los cuales el alma ha estado conforme en su plena consagración. Job era un hombre perfecto y muerto al pecado; pero en sus grandes sufrimientos murió a su propia vida religiosa; murió a sus afectos domésticos; murió a su teología, a sus puntos de vista sobre la providencia de Dios; murió a muchas otras cosas que en sí no eran pecado, pero que estorbaban su unión más amplia con Dios.

Pero después de haber sido santificado y revestido del Espíritu, necesitó una visión más amplia del Cielo para matar en él lo que quedaba de la teología tradicional y el apego a la Iglesia entre los judíos. El mayor grado de renuncia a uno mismo, de crucifixión y de abandono a Dios tiene lugar después de la obra de pureza del corazón. Hay una multitud de cosas que no son pecaminosas, pero nuestro apego en ellas impide nuestra mayor plenitud del Espíritu Santo y nuestra más amplia cooperación con Dios. La sabiduría infinita nos lleva de la mano y nos conduce por una crucifixión interior y profunda en nuestro interior, nuestra elevada razón, nuestras mayores esperanzas, nuestros afectos queridos, nuestros puntos de vista religiosos, nuestra amistad más querida, nuestro celo piadoso, nuestra impetuosidad espiritual, nuestra arrogancia espiritual, nuestra escasa cultura, nuestro credo y nuestro apego a las formas eclesiásticas, nuestro éxito, nuestras experiencias religiosas y nuestro consuelo espiritual; la crucifixión sigue hasta que hemos muerto y estamos desligados de todas las criaturas, todos los santos, todos los pensamientos, todas las esperanzas, todos los planes, todos los anhelos tiernos del corazón, todas las preferencias, todas las tribulaciones, todas las penas y todas las decepciones; muertos igualmente a todas las alabanzas o las acusaciones, al éxito o al fracaso, al consuelo o a las molestias; muertos a todo deseo excepto para El. Hay grados innumerables de crucifixión interior en estas varias líneas. Quizá no hay una persona santificada entre diez mil que alcance el grado de muerte al yo que alcanzaron Pablo y Madame Guyon y otros santos similares. Y yo quisiera añadir que éstos alcanzaron los grados más profundos de muerte al yo por medio de la cruz en sus aspectos de la vida de cada día. Es muy fácil llevar la cruz alrededor del cuello o en el vestido sin practicar la muerte que simboliza, en nuestras relaciones y actitudes personales diarias. Es aquí donde cuenta realmente.

NO HAY OTRO CAMINO PARA CRISTO Y OTRO CAMINO PARA NOSOTROS

Si queremos lo mejor que puede darnos Dios para nuestras vidas; si queremos poder y victoria creciente sobre el pecado y el yo, debemos aceptar el hecho que después de haber nacido de nuevo y ser llenos del Espíritu, todavía somos seres caídos. Todavía hemos de entender que hay amplias áreas en nuestras vidas y disposición que tienen que ser constantemente cedidas a la cruz y a la muerte, si hemos de vivir vidas triunfantes y victoriosas. Esto es lo que quiere decir Pablo en Romanos 8 con la expresión «andar según el Espíritu». A fin de hacer esto hemos de aceptar la cruz y permitir que continúe matando a la carne. En Gálatas 5:24, 25, Pablo dice: «Y los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, avancemos también por el Espíritu.» Esto significa que la conquista de nuestra naturaleza por parte del Espíritu no tiene por qué ser automática. Podemos elegir en este asunto. Podemos decidir rehusar el camino de la cruz, el camino de la autocrucifixión, del quebrantamiento. Esto significa derrota. Nuestro único lugar de victoria es la cruz. Cristo reina desde el madero. No hay un camino para El y otro para nosotros. El fue a la cruz no sólo como nuestro Substituto, sino que nuestro Representante, para mostrarnos que la cruz es el único lugar desde el cual regir.

La cruz no es sólo para la muerte al pecado, sino para toda la vida de la naturaleza, y del yo también, incluso para los llamados rasgos buenos de la vida. Cuando dejamos que la cruz haga su obra, Dios nos hará muy distintos de lo que somos ahora. Y esto es lo que George D. Watson llama una muerte más profunda al yo. Dios quiere irnos cambiando continuamente. Cuando dejamos a la cruz que haga su obra, Dios nos hará del todo distintos de lo que somos ahora. Algunos piensan que esto es imposible, pero es para esto que Dios permite la cruz en nuestras vidas, esto es, las cosas que siguen matando la vida de nuestro yo. Nuestro rechazo de la cruz es la razón de tanta fricción en la casa, en la iglesia, en el comercio, en la industria, en el trabajo.

LA CRUZ ES LA MUERTE A LA INDULGENCIA

La cruz afecta a nuestro estilo de vida. ¿Es un estilo de vida elegante y lujoso de Dios o de la carne? La prosperidad es indudablemente una parte del Evangelio, pero sólo una parte. El énfasis de conjunto del Evangelio es, sin duda, sobre una manera de vivir con sacrificios. La cruz es la muerte a la indulgencia. La cruz nos hace sensibles a la responsabilidad que tenemos para el mundo perdido. Hay bastante en la palabra para estimular la fe para poder cubrir toda necesidad (Filipenses 4:19), lo cual es necesario para ser eficientes. El uso de las cosas materiales más allá de esto es lujo y es causa de indulgencia. Se dice que en el primer año de su servicio como única ocupación el salario de John Wesley fue de veintiocho libras esterlinas. Aunque Dios le prosperó con un trabajo que fue aumentado en remuneración, se dice que siguió viviendo con una cantidad para sus gastos que no fue incrementada. Yo creo que esto es el estándar bíblico de la mayordomía. «Entonces Jesús dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”» (Mateo 16:24).

Capítulo 4

UN ERROR FATAL

¿Qué debo hacer cuando me doy cuenta que he descendido de la cruz, cuando he sufrido una derrota por tomar las cosas en mis propias manos, al caer en la compasión de mí mismo, el resentimiento, o he actuado, en general, motivado por el yo o la carne? Muchos no saben cómo usar la cruz. Cuando experimentan un fracaso, pasan una crisis. Inmediatamente ponen en duda que pasarán por la frase de santificación, y tienen una tremenda lucha interior sobre la autenticidad del conjunto de su experiencia. Si después de examinarse y de orar llegan a la conclusión de que no pueden dudar de la crisis de santificación, porque fue evidente, poco a poco se recobran de su pena y siguen adelante. Pero no han hecho nada por la caída que fue la causa de que pusieran en duda su santificación. Se han asegurado de que están santificados y que por tanto tienen que estar en buenas condiciones, cuando, en realidad, el Espíritu está en pugna con ellos por algo que ocurre en sus vidas. Muchas personas, demasiadas, siguen, bajo la suposición de que sí pueden decir a conciencia que son santificados o llenos del Espíritu, no puede haber nada en sus vidas, con que el Espíritu quiera tener algo que ver. Y esto es un error fatal. Resulta del hábito de esconderse detrás de la experiencia del pasado en vez de enfrentarse con los puntos sobre los cuales el Espíritu nos llama la atención. Y, ¿hay alguien que, siendo sincero, no quiera admitir que aunque haya tenido una experiencia de crisis genuina todavía puede realizar algo que desagrade a Dios? ¿Qué se puede hacer ante esto? Crucificar esta actitud o disposición.

Tan pronto como te das cuenta de que has descendido de la cruz, y has sufrido una derrota, por pequeña que sea, en vez de intentar demostrarte que ya estás santificado y por tanto que todo está bien, has de comprender que puedes haber sido llenado del Espíritu, y con todo hay algo en ti que no está bien. El Espíritu está en pugna contigo. Has recaído en la vida de la carne. Date cuenta que has descendido de la cruz y regresa a la cruz. Renuncia a tus derechos si es por esto que disputabas;

renuncia a tu resentimiento o la compasión de ti mismo, o el trato demasiado indulgente para ti. Muere para la cosa que fue causa de que descendieras de la cruz y hallarás la victoria otra vez.

LA CRUZ Y LA AUTORIDAD

¿Cómo se puede volver a la cruz? Se vuelve por medio de la confesión y la restitución. La evidencia de que tu experiencia de crisis fue auténtica no es que no vas a caer ya por debajo de tu nivel más alto, sino que cuando descubres tu caída, tan pronto como el Espíritu te reprocha tu derrota, estás dispuesto a humillarte, a reconocer tu debilidad, error o pecado, a aceptar toda la culpa, y si hay otros implicados, pedir perdón y hacer restitución si es necesario. Cuando haces práctica de esto, hallarás una victoria creciente sobre tus debilidades y tus derrotas serán menos frecuentes.

En opinión de algunos líderes espirituales puede ser más importante estar en un grado avanzado de las gracias del Espíritu que poseer los dones más espectaculares del Espíritu. No se dice esto para rebajar la importancia de los dones. Pero la ausencia de las gracias del Espíritu puede contrarrestar o anular la bendición de los dones. El fallar en ceder a la cruz en su aplicación diaria, el rehusar vivir la vida crucificada puede ser fatal a la operación tanto de los dones como de las gracias. El rehusar descender de la cruz es básico para el ejercicio del poder espiritual. La cruz es el único lugar de autoridad. Ninguna alma se mueve hacia Dios sin la oposición de Satán. Todas las fuerzas del infierno se movilizan para impedir cualquier movimiento hacia Dios. Sólo un alma despierta y plenamente redargüida puede vencer esta oposición y esto sólo con la ayuda del Espíritu. Si el problema que tienes es el exceso de protección de tus derechos, recuerda que el único derecho de una alma genuinamente crucificada es el de ceder sus derechos, renunciar a ellos.

Capítulo 5

MUERTE PROGRESIVA

Antes, en esta serie, se hizo referencia al comentario de George D. Watson respecto a una muerte más profunda al yo. Esta afirmación parece contener un error. Si una persona ha muerto, ¿cómo puede estar más muerta? ¿O morir de modo más profundo? En el mundo natural de la vida natural o vegetal, esto no tendría sentido. Pero en la vida espiritual, la muerte a la vida de la naturaleza y al yo parece ser progresiva. El crecimiento en la vida del Espíritu se consigue a expensas de la vida de la carne o la vida del «alma» (estas dos expresiones son equivalentes aquí).

UNA CRISIS Y UN PROCESO

Se entra en la vida del Espíritu por medio de una crisis, una crisis de muerte y resurrección, pero se continúa en un proceso, en el cual hay una experiencia creciente de unión con la muerte de Cristo. Oímos muy poco de una crisis de muerte al yo y al mundo como un requisito previo para entrar en la vida del Espíritu. Oímos mucho de lo simple que es ser salvo o lleno del Espíritu. Hay un elemento de verdad en esto, pero es sólo un aspecto. Es fácil el hacer frente a la cruz y dar nuestro consentimiento voluntario para morir.

Cada nueva muerte más profunda resulta en una resurrección más gloriosa. En cuanto yo puedo discernir, Jesús nunca disimuló o escondió el coste del discipulado. En realidad, exhortó a la gente a que contara el coste. Recuérdese que insistió sobre esto en Lucas 14:25-35.

LA PRIMERA PALABRA DEL EVANGELIO

En un programa reciente de televisión, en el «Alabado sea Dios», de la TNB, el doctor J. Edwin Orr indicó que la primera palabra del Evangelio es «arrepentíos». Hizo un estudio de varios grupos a los que se había dirigido preguntándoles cuál consideraban que era la primera palabra del Evangelio. Todos deberíamos saber la respuesta, pero no fueron muchos los que la supieron. Es fácil aceptar a Cristo y ser salvo después del verdadero arrepentimiento. Pero nadie puede ser salvo sin él. Jesús es

la autoridad sobre la que nos basamos al decir esto. «Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lucas 13:3). Fue Jesús quien explicó que había mucho gozo entre los ángeles cuando se arrepiente un pecador. El arrepentimiento fue la primera palabra que predicó Juan el Bautista. A los escribas y a los fariseos les dijo: «Oh generación de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que vendrá?» El arrepentimiento fue la primera palabra de los apóstoles el día de Pentecostés. Durante el sermón de Pedro, cuando la multitud preguntó: «Varones hermanos, ¿quéharemos?» Pedro dijo: «Arrepentíos» (Hechos 2: 38).

EL ARREPENTIMIENTO Y LA RESTITUCION

¿Qué significa la Biblia con el término «arrepentimiento»? Quizá la definición más conocida es «dar media vuelta». Esto suena muy imposible, pero no es tan fácil como parece. Porque el arrepentimiento implica primero una convicción de pecado. En Hechos 2:37, cuando Pedro estaba predicando dice que «se compungieron de corazón».

La convicción real de pecado trae un sentimiento de condenación. El pecador convicto siente que se halla bajo el juicio de Dios y está en peligro de eterno castigo. La convicción real de pecado va seguida de una pena sincera por el pecado, la confesión del pecado, el abandono del pecado y la restitución por el pecado. Restitución significa «enderezar», volver a su lugar, en tanto como sea posible, el daño que se ha causado a otro. Si uno está dispuesto a hacerlo, esto refleja sobre la sinceridad y autenticidad del arrepentimiento. Es dudoso si la fe salvadora puede ser ejercida sin un arrepentimiento genuino. Cuando el arrepentimiento es pleno y completo, la fe para el perdón y la salvación viene fácilmente, casi de modo automático.

No todo el mundo lo cree así, pero yo creo que hay también la preparación para recibir la vida del Espíritu. Esto es lo que llamamos consagración o entrega. En otros tiempos era llamada «muerte», muerte a la vida de la naturaleza y del yo.

BASTANTE ENFERMO PARA MORIR

Para poder entrar en la vida del Espíritu, uno tiene que estar bastante enfermo de esta vida del yo para morir realmente. Hay un viejo himno de consagración sobre cuyas alas, muchos que han anhelado y buscado la consagración, en años anteriores, han volado a la plenitud de la bendición. Este himno se ha olvidado y ya no se canta:

Oh, Dios, mi corazón siente anhelo por Ti;
Déjame morir, déjame morir;
Pon mi alma en libertad;
Déjame morir.

Las cosas triviales que hay en este mundo
No tienen valor para mí,
Mi Salvador me llama, allá voy,
Déjame morir.

Señor, tengo que morir a las mofas y agravios;
Déjame morir, déjame morir;
He de ser librado del temor de esclavos;
Déjame morir.

Al mundo y su aplauso.
Las costumbres, y modas, y reglas,
De aquellas que odian la cruz humillante,
Déjame morir.

Cuando ya esté muerto, Señor, para Ti,
Podré al fin vivir, podré al fin vivir.
Mi vida y mi fuerza, mi todo yo a ti
Te voy a entregar.

Tan muerto que no habrá en mí deseo,
Para ser tenido por bueno, por grande o
Por sabio, excepto en tus ojos.
Déjame morir, déjame morir.

LA CRUZ, A LA VEZ SUBSTITUCION Y REPRESENTACION

Es verdad que Cristo ya lo ha hecho todo por nosotros. Es verdad que El lo ha «pagado todo», pero la cruz no es sólo substitutiva, sino también representativa. Se entra a la vida inicial en Cristo por el camino de la muerte y esto no es fácil. «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte?» (Romanos 6:3). A la vida en el Espíritu, llamada a veces santificación, se entra también por la ruta de la muerte. «Conocedores de esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo de pecado sea reducido a la impotencia, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto ha sido justificado del pecado» (Romanos 6:6, 7), esto es, para vivir una vida de santidad, como se sugiere en el versículo 18: «Libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.»

Capítulo 6

EL PECADO, COMO ACTO Y COMO DISPOSICION

Muchos teólogos consideran el pecado como un acto y como una disposición. El pecado como acto puede ser perdonado, y lo es, por la justificación y el nuevo nacimiento. Como habéis nacido con la disposición al pecado (Salmo 51:5) y no sois responsables de él, no puede ser perdonado, pero debe ser limpiado. Muchos teólogos enseñan que este lavamiento empieza en el momento en que somos llenados del Espíritu, llamado a veces santificación o bautismo por el Espíritu Santo. Pero la santificación, que empieza en una experiencia de crisis, es también progresiva. Es a esto que viene la muerte más profunda al yo. En Efesios 5:18, Pablo nos exhorta no sólo a ser llenos del Espíritu, sino también a «seguir siendo llenados» (éste es el término en el original griego). Alexander Maclaren dice que a lo largo del camino de la santidad creciente, o progresivo asemejarse a Cristo, tendremos que levantar altares en los cuales tendrá que ser sacrificada la vida de la naturaleza y del yo. Insiste que el camino a la hermosura espiritual más elevada quedará manchado con las pisadas sangrantes del amor propio herido.

EL CAMINO A LA VIDA

Todo esto no suena muy fácil. La muerte no es un tema placentero, pero siempre precede a la resurrección, y cuando se cumplen las condiciones va seguida de ella. En la vida espiritual, como en la natural (Juan 12:24), la muerte es el camino de la vida. Es importante subrayar que la muerte es un requisito previo para ser llenos del Espíritu. La muerte es un tema que atemoriza. Al hacer énfasis en él se nos puede acusar de ser sepulcrales. Pero, ¿no hay condiciones implicadas en la recepción del Espíritu? ¿No hay que hacer preparaciones? ¿Aun cuando el Espíritu es recibido por la fe, tal como es la salvación, no hay condiciones para el ejercicio de la fe?

En el libro de Hechos parece que el Espíritu fue recibido, con frecuencia, con ocasión de la imposición de manos, seguida por la instrucción y la oración (Hechos 8:15-17; 19:6) y algunas

veces después de la instrucción solamente, como en Hechos 10:44. A la luz de estos pasajes, ¿hay alguna preparación que sea importante tal como lo absoluto de la consagración, que constituya una muerte al mundo, el renunciar a los propios deseos, planes y ambiciones, y una total dedicación del ser al Señor Jesucristo y su servicio de modo exclusivo para el tiempo y la eternidad?

UNA GRAN BATALLA

Aunque hay muy pocas referencias, o ninguna en detalle a la preparación para recibir el Espíritu, el Espíritu nunca fue dado excepto cuando había una preparación espiritual adecuada, hecha de modo que satisficiera el corazón de Dios. El hecho de que haya venido el Espíritu es una evidencia convincente de esto. No sabemos lo largo o corto que es el proceso, ni conocemos los distintos estados por medio de los cuales sus primeros discípulos llegaron a la condición de abandono y entrega total. Las Escrituras no nos dicen nada sobre este punto. Pero, ¿hay alguien que pueda dudar de que hay condiciones previas satisfactorias para el Espíritu que hay que rellenar antes de que el Espíritu pueda descender y revestir? ¿Es posible que el Espíritu descienda y revista a cualquiera al margen de su situación moral y espiritual? ¿Va a llenar el Espíritu un vaso que no está vacío?

Si se contesta la pregunta de modo negativo, entonces se presenta otra, y es: ¿En qué consisten estas condiciones previas a la fe que trae el derramamiento y revestimiento del Espíritu?

Se entiende que los únicos candidatos para el bautismo o revestimiento del Espíritu son los que han nacido de nuevo y están andando según la luz que han recibido (Juan 14:16, 17). Jesús dijo que el mundo, esto es, los no regenerados, no pueden recibir el Espíritu. ¿Qué preparación espiritual es necesaria para que el creyente que está buscándolo reciba el Espíritu? En el movimiento pentecostal, muchos parecen recibir el Espíritu mediante la oración y la imposición de manos, Pero otros han testificado que han recibido su experiencia sólo después de un largo período de búsqueda, que ha implicado grandes anhelos, hambre del corazón y consagración completa, absoluta e inequívoca.

En el llamado movimiento de la Santidad, se hizo gran énfasis sobre este tipo de consagración. Oswald Chambers dice que en la santificación, «el alma regenerada de modo deliberado cede sus derechos sobre sí mismo a Jesús.» Dice: «Nadie entra en la experiencia de la entera santificación sin pasar por los ritos funerarios del entierro de su propia vida vieja. Si no ha habido esta crisis de muerte, la santificación no es nada más que una visión.» Y pregunta: «¿Has llegado ya a éste, tu último día, realmente?... La muerte significa que dejas de ser tú.» Aquí Chambers está pensando en el viejo yo caído, el yo o vida del alma o la carne, que por todos estos nombres se conoce. A veces se predica que es muy fácil ser lleno del Espíritu. Se dice que todo lo que tenemos que hacer es simplemente creer y lo recibimos. Chambers insiste: «Hay siempre una gran batalla antes de la santificación, siempre hay algo que tira con resentimiento contra las exigencias de Jesucristo.»

Jesús dice: «Si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo», esto es, el derecho sobre sí mismo. No eres verdaderamente consagrado hasta que estás dispuesto a renunciar a tu independencia y negar tu derecho a ser independiente.

INCLUSO LO MEJOR DEL YO TIENE QUE MORIR

En tu regeneración moriste para el pecado como un acto, esto es, te arrepentiste y renunciaste a todo pecado voluntario, premeditado. Si no lo has hecho, entonces tu regeneración es dudosa. En la santificación o revestimiento por el Espíritu mueres a tu propia vida natural caída. No se trata de renunciar a pecado declarado, sino de renunciar a tu derecho sobre ti mismo. Incluso tienes que morir a lo mejor en ti. Para la mayoría, esto no es fácil. El viejo hombre de la vida natural se resiste mucho a morir.

Hay un acto inicial de muerte en el cual damos el consentimiento para que toda la vida natural y el yo sea clavado en la cruz. Es un acto que lo abarca todo, que comprende el futuro en el tiempo y en la eternidad. Y es extraño, por lo menos para muchos, que esto sea algo progresivo. Como dice el

doctor Watson, hay una muerte más profunda al yo. Por lo menos, hay áreas cada vez más amplias en las cuales el ser tiene que experimentar la muerte de la cruz. Y a medida que van apareciendo estas nuevas áreas de la vida del yo, hay la tentación a rehusarlas al Espíritu para que mueran, y de descender de la cruz.

Capítulo 7

LA VERDADERA SANTIDAD: UN EQUILIBRIO ENTRE LA EXPERIENCIA Y LA ETICA

Por tanto, por bienaventurada y gloriosa, por real y definida que sea la crisis de la santificación, Dios no ha terminado con nosotros cuando hemos pasado este punto. La santificación es algo más que una bendición, es la posesión por una Persona, una Persona que desaloja a tu propio yo. No queremos minimizar el aspecto de la experiencia en la santificación. Pongo en duda la autenticidad de la santificación que no resulta en un movimiento poderoso de las emociones, llamado el testimonio del Espíritu. Pero es el contenido ético, y no el emotivo, de toda experiencia religiosa que es primordial. La evidencia real de un estado de gracia santificado no es un éxtasis o una demostración emocional, sino la descentralización del yo.

La voluntad propia es el tinte que da color a todo pecado. El vivir para el yo es la esencia de toda «anti-santidad». Lucifer pasó a ser Satanás debido a la voluntad propia. La esencia de la santidad es la descentralización del yo, el desplazamiento del yo por Cristo. Puedes crecer en la capacidad para demostrar una cierta clase de emocionalismo sin crecer en la gracia. Estás creciendo en la gracia sólo cuando creces en humildad, mansedumbre, sumisión, quebrantamiento y renuncia al yo.

LA SANTIDAD Y LA PROMOCION DE UNO MISMO

La promoción de uno mismo (autobombo) no es compatible con la verdadera santidad. La santidad creciente significa una creciente sensibilidad al pecado; una creciente delicadeza de la conciencia, un creciente repudio del autobombo y la autoglorificación.

Cuando uno de nuestros hijos era pequeño, acostumbraba ir a pasar varios días, en repetidas ocasiones, en caso de parientes o amigos, y mientras estaba fuera, según los estándares de algunos, podemos decir que crecía maravillosamente en gracia. Estaba muy satisfecho de sí mismo y si se le hubiera llamado a testificar, probablemente habría dicho que estaba creciendo en la gracia. Regresaba a casa en un estado de felicidad, pero duraba poco. En la disciplina de la casa, que no le había afectado durante su ausencia, de nuevo aparecía su natural rebelde y tempestuoso. ¿Podemos decir que recaía? No lo creo. Debido a su negativa a someterse a la disciplina sin protesta, su rebeldía abierta contra la autoridad demostraba que no había crecido en la gracia en lo más mínimo. Al contrario, habría crecido en el yo. Había sido mimado, echado a perder. Y cuando les decíamos a los amigos: «¿Se portó de esta manera con vosotros?», decían: «Oh, no, todo fue bien con nosotros.» Creo que es fácil entender la moraleja. Parecía haber crecido en la gracia porque su voluntad no había sido contrariada. Todos los cánticos y exclamaciones y demostración de espiritualidad profunda no significaban nada más que el hecho que se le había dejado salir con la suya. Y de nuevo digo que no creces en la gracia, sean las que sean las apariencias, no eres lo espiritual que crees ser, di lo que quieras, a menos que estés creciendo en mansedumbre, humildad, sumisión, obediencia a la disciplina de las circunstancias y ambiente en el cual Dios te ha colocado.

LA VERDADERA SANTIDAD ES UN EQUILIBRIO ENTRE LA TEORIA Y LA PRACTICA

No hay que confundirse, no hay una «descentralización del yo» real, y por tanto, no hay una profundización en la santidad en tanto que procuramos manufacturar nuestras propias circunstancias

en vez de aceptarlas tal como nos vienen de Dios. El rechazo a aceptar la disciplina de las circunstancias en que Dios nos ha colocado es una evidencia de la actividad de nuestro yo. Toda profundidad de santidad pone fin a esto, porque substituye nuestro yo personal por Cristo. Si tus emociones religiosas te hacen más dulce, amable, menos imperioso, más manso y sumiso, menos centrado en ti mismo y más quebrantado, entonces es bueno. Si no, se trata probablemente de una forma de escape, un modo de evitar hacer frente a tu yo real y dejar que la cruz dé buena cuenta de él. En la verdadera santidad hay un equilibrio entre la experiencia y la ética.

LA SANTIDAD NO ES CORRECCION TEOLOGICA

Otra cosa detrás de la cual se puede esconder mucha corrupción carnal es una teología exigente, un tradicionalismo teológico, que algunas personas creen que es la verdadera esencia de la santidad, que como hemos dicho antes, es mansedumbre, sumisión, quebrantamiento, renuncia y negación propia. Es posible estar dentro de la corrección, dentro de las enseñanzas aceptadas generalmente por la santidad, mientras que se toleran en la vida toda clase de formas de voluntad propia no quebrantada. Nadie puede experimentar una verdadera crisis de santidad a menos que su voluntad propia haya sido quebrantada. Y nadie puede mantener la experiencia de la vida llena del Espíritu, si rehúsa someterse constantemente a la obra de quebrantamiento de la cruz. No importa lo correcta que sea tu teología, o lo genuino de tu experiencia inicial, la obstinación, rebeldía, autoafirmación y seguridad en uno mismo; todo esto va a deslustrar el oro fino de la verdadera santidad y es la cruz.

A fin de experimentar la crisis de santificación, debes someterte a la crucifixión real y práctica de tu viejo hombre de pecado con Cristo. A fin de mantener la bienaventuranza, tienes que mantener al viejo hombre de pecado en la cruz. Cuando consientes que la vieja vida de tu naturaleza y tu yo descienda de la cruz, la obra de santificación cesa instantáneamente en tu vida. Alguien ha dicho: «Se trata de que yo o Cristo estemos en la cruz. Cuando yo bajo, El sube otra vez.» El punto de vista teológico recto es bueno, pero en la verdadera santidad tiene que haber un equilibrio entre la corrección teológica y la práctica real.

LA VERDADERA SANTIDAD: UN EQUILIBRIO ENTRE LA CRISIS Y EL PROCESO

En toda verdadera santidad tiene que haber un equilibrio también entre la crisis y el proceso, o sea, la obra progresiva de la santificación. Sin la crisis no hay proceso de santificación. A menos que se enseñe definitivamente la crisis, no va a haber manera de entrar. Pero cuando la crisis pasa a ser un sustituto del proceso, o de la obra progresiva del Espíritu Santo, se abre la puerta a una avalancha de males y de vicios que destruye todo el proceso de la santidad. Cualquier enseñanza que resulta en una experiencia estática es una maldición. En muchos casos, la enseñanza de la santificación ha dado lugar a incontables bendiciones. En otros, ha sido de dudoso valor, porque ha fallado en inspirar la iniciativa y el progreso espiritual y ha inducido simplemente a un consentimiento o conformidad de un estado de gracia estático.

LA DESCENTRALIZACION DEL YO

Hemos tolerado durante demasiado tiempo la idea de que cuando se ha pasado la crisis de santificación se ha llegado a la meta, o por lo menos, lo más difícil pertenece al pasado. Una de las razones por las que muchas personas ponen objeciones al énfasis sobre la fase progresiva de la santificación es que no les da la menor excusa para establecerse en una experiencia estática, como no la da al convertido más reciente. Muchos que se jactan de ser veteranos se resienten de que se les mande al pico y pala espiritual, para cavar, codo con codo junto a los recién convertidos de la iglesia. Pensaban que cuando estaban santificados o llenos del Espíritu ya había bastante. Cuando descubrieron que después de todo no habían llegado, y que en la santidad real no hay lugar para hacer parada, que Dios les presenta cada día nuevas revelaciones en su vida del yo, y tienen que someterse a la obra de la cruz, a veces se rebelan y se oponen de modo franco. Pero toda enseñanza que le deja a uno confortablemente en una condición espiritual estática, a mi juicio no es una santidad escritural.

El corazón de la verdadera santidad es una descentralización del yo siempre creciente. Este ideal se establece de modo claro y definitivo en este texto: «Para mí, el vivir es Cristo» (Filipenses 1:21).

EL ALMA VERDADERAMENTE SANTA NO TIENE INTERESES PERSONALES A QUE SERVIR

El alma que ha sido liberada verdaderamente del yo no tiene intereses personales propios a que servir. No tiene derechos ni prerrogativas que defender. El tal está completamente libre de hipersensibilidad y fácilmente cede su naturaleza sensible a la cruz. Todo está bien, prisión o muerte, si glorifica a Cristo. No sirve de mucho el hablar de estar dispuesto a morir por Cristo cuando rehusamos someternos a la cruz cuando ésta mata la vida del yo en sus infinitas variedades de la vida cotidiana. El alma que está verdaderamente descentralizada acepta todo lo que viene, sea dolor sea pena, decepción o desprecio, malentendido o calumnia, como una oportunidad para morir más profundamente al yo central que quiere disputar la autoridad única de Cristo sobre él. La única pregunta que hará el alma verdaderamente descentralizada no es: «¿Cómo va a afectar esto mis intereses?», sino «¿Cómo va a afectar a la gloria de Cristo?» Mis sentimientos, mis prerrogativas, mi bienestar, mis gustos, todo esto no cuenta. Todo lo que importa es que Cristo sea engrandecido, «sea en la vida sea en la muerte».

Capítulo 8

LA GLORIFICACIÓN DEL MARTIRIO

Esta descentralización del yo alcanza su cumbre al aceptar la muerte física real o martirio, como una oportunidad de glorificar a Dios. Aunque Pablo se estaba refiriendo sin duda a la ganancia de estar con el Señor cuando hablaba de la ganancia de la muerte, con todo, en el contexto precedente revela que esto no era la única ganancia en que pensaba, porque el tenor general de la Escritura defiende la idea que la muerte puede servir a los fines de Dios, a veces, mejor que la vida. No estoy plenamente preparado para servir a Dios, hasta que estoy dispuesto a renunciar a la vida del yo, pero también a la vida física. La mayoría pensamos que tenemos que vivir para servir los propósitos de Dios. La muerte en el servicio del propio país o de la humanidad es algo que es exaltado y glorificado. La muerte heroica de los «Seiscientos» ha sido inmortalizada en el poema de Tennyson, conocido por todos los chicos de la escuela como «La carga de la Brigada Ligera».

¿Qué corazón joven no se emociona al leer la historia de Horacio en el Tíber y la glorificación romana de la muerte por su país? Hay también el patriota suizo inmortal Amold von Winkried, que ofreció su propio pecho a una sólida falange, recibiendo en él las puntas de las lanzas de sus enemigos y abriendo con ello una brecha por la que sus compatriotas atacaron y se abrieron paso para conseguir la libertad de su patria. Llegando a los tiempos modernos, podríamos referirnos a los héroes de la Primera Guerra Mundial y a los de la Segunda. Es una brevísima relación de muertes gloriosas por la causa del patriotismo y de la humanidad.

SE PUEDE PASAR SIN NOSOTROS; SOMOS PRESCINDIBLES

El título de un libro escrito por un corresponsal de guerra es Somos prescindibles. Describe el glorioso heroísmo y sacrificio propio de las tropas entrenadas como punta de lanza en nuestras operaciones militares en la Última Guerra. Se nos habla de raids por los comandos, invasiones de paracaidistas, y toda clase de ataques en que el riesgo probable de la muerte es elevadísimo y con todo, era aceptado con calma y resolución. Alan Seeger era un joven poeta americano que había pasado por Harvard. En París, al principio de la Primera Guerra Mundial, mucho antes que América entrara en la guerra, se alistó en la legión extranjera francesa. Escribió un poema vibrante, que revela el conflicto interior de las emociones de un joven que amaba la vida, se entusiasma por la primavera y es capaz de apreciar la belleza de una flor silvestre o un capullo en el árbol. Era un

hombre de cultura, de sensibilidad, acostumbrado al lujo y que conocía la emoción del amor. Seeger expresa el presentimiento de que «llega a la cumbre» para descender por el otro lado. Pero a pesar de todo dice que no va a renunciar a este encuentro con la muerte. Cayó en combate y retiraron su cuerpo del campo de batalla. ¿Por qué se ofreció este joven inteligente y rebosando de vida y sensibilidad? Por lo que llamamos patriotismo. Por lo mismo murieron los «Seiscientos».

No tienen nada que objetar
Ni preguntar el por qué;
Les corresponde morir
Y con saber esto basta.

La base de su sacrificio fue sentir que eran prescindibles, que la patria o la sociedad podían pasar sin ellos después que hubieran llevado a cabo el sacrificio supremo.

LOS PATRIOTAS SON PRESCINDIBLES; MUCHOS CRISTIANOS NO LO SON

Durante la última guerra, el reverendo Burroughs se refirió al patriotismo como una religión que hace aquello de que el cristianismo habla, una religión que es «más cristiana que el cristianismo» en sí, tal como lo ha conocido el siglo XX. ¿Cómo es posible hacer una afirmación así, y con qué base? Simplemente ésta: que el principio central del cristianismo es el sacrificio de uno mismo, el ser prescindible. Y el mundo considera la autoinmolación, el olvidarse del yo, el entregarse a la muerte por parte de los soldados y patriotas como un ejemplo más perfecto del principio central del cristianismo que lo que ven, con unas pocas excepciones, en los que profesan ser seguidores de Cristo. En otras palabras, los patriotas han mostrado mayor disposición a morir por amor a su patria que la mayoría de los cristianos lo muestran para morir por Cristo. Los patriotas son prescindibles.

Pocos cristianos lo son. Sin embargo, desde la cruz, la muerte al amor, a la comodidad, a la familia, a uno mismo, ha sido el principio central del cristianismo. Como el mundo ve, este principio operando con más vigor en los patriotas que en muchos que profesan ser cristianos en el siglo xx, consideran el patriotismo como «más cristiano que el cristianismo». Los patriotas demuestran de modo más heroico que los cristianos el principio de la «muerte al yo» que la mayoría de nosotros.

Nosotros hemos renunciado al principio central del cristianismo y lo hemos pasado a los patriotas. Lo mismo vemos en algunas ideologías políticas. Hace un tiempo, un obrero evangelista habló a un hombre por la calle acerca de sus necesidades espirituales, en la ciudad de Los Angeles. El hombre se volvió y le contestó: «Yo soy comunista. Como comunista, no soy mío. Estoy preparado para sacrificar mi empleo, mi hogar, mi vida y mi familia, si se me requiere.» He aquí un hombre que por una ideología política atea estaba aceptando el principio de la cruz y dispuesto a morir, cuando son a millones los que profesan ser cristianos y tratan de esquivar este principio.

Napoleón, antes de cruzar los Alpes, dirigió esta arenga a sus soldados: «Habéis ganado batallas sin cañones, habéis cruzado ríos sin puentes, andado marchas sin zapatos, os habéis pasado sin licor y a veces sin pan. ¡Gracias! Pero, soldados, hasta ahora no habéis hecho nada, considerando lo que tenemos que hacer.» Napoleón era idolatrado por sus soldados. Pero a nosotros nos habla uno mayor que Napoleón.

Garibaldi, el libertador de Italia, dijo a sus seguidores: «Voy a Roma. No ofrezco paga, ni alojamiento ni provisiones; sólo hambre, sed, marchas forzadas, batallas y la muerte. El que ame a su patria de todo corazón, y no sólo con los labios que me siga.» Pero mayor que Garibaldi es el que nos está hablando a nosotros.

EL HEROISMO, UNA NOTA QUE HA PERDIDO EL CRISTIANISMO

¿Qué se ha hecho de la nota heroica en el cristianismo moderno? En tanto que el mundo glorifica la muerte por los propósitos patrióticos y humanitarios, e inmortaliza a los héroes que se ofrecen como voluntarios a riesgo de su vida, la Iglesia es criticada por su falta de devoción a Cristo, y dice como Judas: «¿Qué sentido tiene el haber tirado todo esto?» El apóstol dice claramente: «El morir es ganancia.» ¿Fue para Esteban la muerte una ganancia? Como alguien ha indicado, Esteban murió, y su muerte contribuyó a que Jesús alcanzara a Pablo. Esteban no habría podido realizar la labor de Pablo. Pero como sabe todo estudiante de la historia de la Biblia, sólo uno de los apóstoles murió de muerte natural. «La sangre de los mártires es la semilla de la iglesia.»

¿FUE LA MUERTE DE CRISTO UNA PERDIDA?

El gran ejemplo de ganancia en la muerte fue la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Todos los argumentos en favor de la preservación de uno mismo se podían presentar para convencer a Cristo de que escapara de la muerte. Tanto sus discípulos como sus amigos creían que era una pérdida sin sentido. Al depositarle en la tumba, sus amigos tenían que lamentar su muerte. Pedro había intentado convencerle de que no convenía que muriera. Pero si Jesús no hubiera muerto, aunque su ministerio se hubiera prolongado muchos años, no habría sido levantado, y no habría atraído a los hombres con el poder maravilloso de su amor.

No habría habido una fuente abierta para que los penitentes acudieran a limpiar sus vidas contaminadas. No habría expiación para la culpa humana, no habría sacrificio para el pecado del mundo. No habría una tumba abierta ni la victoria sobre la muerte, y la vida eterna para todos los que en El creen. Cristo perdió su vida, pero pasó a ser la semilla de la felicidad y gozo del mundo. Verdaderamente, su muerte fue una ganancia.

LA LEY DE LA VIDA

El Calvario es el modelo perfecto y sublime de Dios para todos, pues lleva en sí la ley de la vida para nosotros: «El morir es ganancia.» «El que ama su vida la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo la guardará para vida eterna» (Juan 12:25).

LA MUERTE EN LA VIDA O LA VIDA POR LA MUERTE

Norman Grubb nos dice que en los primeros siglos de la Iglesia, cuando los cristianos tenían que enfrentarse constantemente con la posibilidad del martirio, se les preguntaba a los ancianos de la iglesia cuando se les imponían las manos en la consagración: «¿Estás dispuesto a beber de la copa que yo he de beber y estás dispuesto a ser bautizado con el bautismo que yo voy a ser bautizado?» A lo cual contestaban: «Acepto los azotes, las prisiones, las torturas, los reproches, las cruces, los golpes y las tribulaciones y todas las tentaciones del mundo que nuestro Señor e Intercesor aceptó, y la Iglesia Apostólica, Católica y Santa aceptó sobre sí misma.»

Todo aquel que escoja el mismo destino que Cristo tiene que estar dispuesto a seguir su camino. Es la ley universal y eterna. Es o bien la vida por la muerte o la muerte en la vida. El procurar la propia gloria es la propia destrucción. Esto se ha demostrado que es la ley del universo, y que se halla en Filipenses 2:6:11: «El cual, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en su porte exterior como hombre, se humilló a sí mismo, al hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual, Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le otorgó el nombre que es sobre todo nombre- para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es SEÑOR, para gloria de Dios Padre.» ¡Aleluya!

Verdaderamente, la cruz es el trono del universo.

Segunda parte

«COMO MORIBUNDOS,
MAS HE AQUI QUE VIVIMOS»
Un mensaje de nuevo año

Capítulo 9

CONSIDERANDO LA NECESIDAD

«No que lo haya alcanzado ya...» (Filipenses 3:12).

Uno de los mayores enemigos del progreso es la complacencia, la satisfacción de que ya se han alcanzado los objetivos con los logros que hemos conseguido. Una de las cosas que más duele al corazón de Dios, quizá más que cualquier otra, es la facilidad con que nos quedamos satisfechos en las cosas espirituales. Uno de los mayores obstáculos en el progreso del Reino de Dios es la tendencia a aceptar nuestros logros espirituales presentes. No es bueno estar siempre experimentando con nosotros mismos, ser lo que se llama un introvertido, pensando en uno mismo. Pero es peor estar siempre satisfecho, y no hacer inventario, o sea, examen de por dentro, por miedo de lo que podemos hallar.

LA NECESIDAD DE UN PROPOSITO FIRME

El progreso y el crecimiento cesan cuando perdemos el espíritu de aventura. La vida cristiana ideal es de una sed insaciable, que no se para en ninguna fresca sombra para descansar, sino que busca siempre nuevas visiones de alturas espirituales a alcanzar. Una de las cosas que más ha de pesar al corazón de Dios es la pequeñez de los obstáculos que permitimos que nos estorben y desvíen en el camino de los grandes propósitos. Empezamos un nuevo año, o un nuevo curso de esfuerzo espiritual con energía y entusiasmo. Pero se necesita muy poco para detenemos y a veces para desviarnos de nuestra aventura. Tan pronto como descubrimos que el conseguir lo que pretendemos requiere energía, firme resolución y la pérdida de la comodidad, el negar la carne, con mucha frecuencia renunciamos a nuestro propósito. En la tumba de un alpinista se halla la inscripción: «Murió subiendo.» Soy el primero en aceptar que me faltan a mí muchas gracias y ruego a Dios que me haga menos severo en requerirlas de los demás, pero una cosa sí que la deseo, que cuando entregue mis armas y bagaje, se diga de mí: «Murió subiendo.»

EL PRECIO DEL PROGRESO ESPIRITUAL

Cuán pocos hay dispuestos a pagar el precio del progreso espiritual. «No hay progreso espiritual excepto a través de la muerte del yo. Cada paso en el camino del progreso espiritual está marcado por las sangrantes pisadas del amor propio herido» (Maclaren). En el curso del progreso espiritual hay que elevar varios altares en que sacrificar incluso la vida del yo legítima, y no son muchos los que están dispuestos a hacerlo. Muchos, cuando amenaza el dolor o la incomodidad, se retiran y buscan un camino más fácil. Todo lo que produce incomodidad desagrada a la carne. Vemos esta tendencia en el gran número de creyentes que van de una iglesia a otra, no porque procuren hallar más de Dios, sino para evadir la muerte a la vida del yo. Procuran hallar un lugar en que su yo sea exaltado, donde se encuentren más cómodos y haya más goce emocional, pero lo hacen a costa del progreso espiritual posible. A veces, confunden el emocionalismo superficial por la espiritualidad profunda, y se engañan pensando que el goce en el culto de adoración es su principal propósito. El progreso espiritual es el resultado no de nutrir la vida natural del yo, ni aun la vida religiosa del yo, sino de entregarse a la cruz.

EL DESAFIO DEL APOSTOL

Las palabras del gran Apóstol nos llegan como una bocanada de aire fresco. Está confesando sus deficiencias y reconociendo su necesidad. «No que lo haya ya alcanzado, ni que ya haya conseguido la perfección total», esto es, que sea perfecto en el sentido de la perfección de la resurrección. Si se hubiera detenido allí no habría habido ningún estímulo. Pero no se para. «Una cosa hago.» ¿Y hacia dónde se dirige Pablo con todas sus energías? Era al progreso espiritual. «Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.» Este es el método del progreso.

EL HOMBRE NO QUEBRANTADO SIRVE PARA POCO

Según nuestro Señor, podemos hacer el mejor uso de la vida al perderla. El dice que el que pierde su vida la salvará. Hay un yo inferior que debe ser hollado. Pero también hay un yo superior que debe ser puesto a muerte. El vaso de alabastro, por hermoso que sea, debe ser roto, para que salga el unguento que va a llenar la casa con su fragancia. Las uvas tienen que ser pisadas para que salga el vino. El trigo tiene que ser molido para sacar la harina con que alimentar al hambriento. «Se tritura el grano» (Isaías 28:28).

Y lo mismo ocurre en la vida. «El hombre entero, sin magullar, no triturado, es de poco uso para Dios» (J. R. Miller). Hasta que cesamos de vivir para el yo no hemos empezado a vivir en absoluto. Sólo cuando la ley de sacrificio de uno mismo pasa a ser un principio del corazón puede la vida empezar a ser la bendición para el mundo, que tiene que ser. En uno de sus libritos, J. R. Miller ilustra este principio del modo siguiente: Hay un gran roble en el bosque. Es hermoso y lleno de majestad; su follaje proyecta una hermosa sombra. Debajo de sus ramas juegan los niños; en sus ramas cantan los pájaros. Un día viene un leñador y empieza a darle golpes con su hacha. Tiembla todo el árbol bajo los golpes. Finalmente, el gran árbol cae al suelo. Y los niños están tristes porque ya no pueden jugar bajo sus ramas; y los pájaros se alejan porque no pueden poner en él sus nidos, ni cantar entre el follaje.

MORIMOS PARA VIVIR

Pero sigamos con la historia del árbol. Es cortado en planchas con las que se construye una hermosa casita, donde hacen su nido felices seres humanos. O se usa para hacer un órgano, que arrastra con su música a la congregación en el culto. La pérdida de su vida fue para salvarla. Murió para ser más útil verdaderamente. Los platos, vasos y jarros que usamos en nuestro hogar y que están sobre la mesa, eran un tiempo arcilla vulgar de la tierra, enterrada y que no servía para nada tal como estaba. Luego, esta arcilla fue molida, batida, moldeada y colocada en un horno, y al final, empleó la historia de su utilidad. Al parecer, fue destruida para que pudiera empezar a ser útil.

NO HAY VIDA EXCEPTO EN LA MUERTE

Se está edificando una iglesia, y las piedras van siendo colocadas en las paredes, traídas de una cantera cercana para este propósito. Me imagino los golpes de los obreros al arrancar los grandes pedazos, y luego el golpeteo del martillo y el cincel para darles forma a los fragmentos más pequeños. Los bloques enormes hacía siglos que descansaban; ahora se les somete a un tratamiento implacable. Antes de poder ser útiles hay que darles nueva forma. Luego pasan a ser parte del nuevo santuario en que se adorará a Dios. Fueron trituradas para poder dárseles utilidad.

Podríamos dar innumerables ilustraciones de este principio de que hay que morir para poder ser útil. La semilla tiene que morir para poder dar fruto. La madre arriesga la vida para poder dar a luz al hijo.

No existe ganancia sino con pérdida;

No es posible salvarse sin la cruz.

El grano de trigo, para multiplicarse,

Tiene que ser sembrado y en el suelo morir.
Doquiera la mies blanca ondeando a la brisa O
Ofrece espigas de oro, en cosecha divina,
Puedes estar seguro que el trigo fue enterrado,

Que hubo allí algún alma que fue crucificada,
Que alguien por aquel trigo luchó, lloró y oró,
Y tuvo que entenderse las,
Osado, con Satán.

La vida, en todas partes, substituye a la muerte,
En tierra y en el mar y lo mismo en el aire;
Y que la misma rosa, cuya fragancia aspiras,
Necesita que alguien muera y le dé alimento.

Pero en toda la vida veo siempre una cruz,
Donde, de Dios los hijos, dan su último aliento;
No hay ganancia sin pérdida,
No hay vida sin la muerte,
No hay visión sin la fe,
No hay gloria sin vergüenza,

No se alcanza justicia
Sin aceptar la culpa;
Y la Pasión eterna nos dice:
«Deja morir tu gloria, tus derechos, tu nombre.»

EL GRANO DE TRIGO

Algunos han dicho que la vida de nuestro hijo Paul Rollin fue perdida cuando la entregó a las misiones y murió en el campo extranjero a las pocas semanas de su llegada. Aunque él no pudo rendir su ministerio, hubo gran número de jóvenes que se ofrecieron para ser entrenados para la cosecha que él pensaba recoger cuando tuvo que dejar su hoz. El «grano de trigo» que cayó en Méjico se ha multiplicado muchas veces y todavía da su fruto. En 1948 se abrió una nueva escuela para evangelizar a una nueva tribu en su memoria. Si Paul Rollin hubiera vivido muchos años en casa es dudoso que hubiera podido realizar tanta obra como en las pocas semanas que precedieron a su muerte. Y éste es uno de los muchos ejemplos con que se puede ilustrar la verdad de que «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12: 24).

EL VASO DE ALABASTRO ROTO

El unguento de María fue «perdido» cuando habiendo quebrado el vaso, lo derramó sobre el Señor. El hombre natural habría dicho lo mismo, como lo dijeron los discípulos. Pero si no hubiera sido quebrado este vaso no se habría hecho mención de él, y este hecho no habría sido proclamado por todo el mundo. El vaso fue quebrado y el unguento derramado, sacrificado, pero la fragancia de su mensaje nos ha alcanzado incluso a nosotros. La vida guardada es perdida, no tiene recompensa. La vida vaciada en servicio amante es una bendición permanente para el mundo y es recordada para siempre. El altar del sacrificio se halla delante de cada vida y no es posible avanzar pasando de largo a menos que nos dispongamos a perder lo más noble y lo mejor. No podemos salvarnos a nosotros y salvar a otros. Hemos de arder para poder dar luz.

Capítulo 10

LA SABIDURIA DE OLVIDAR

Otro paso en el proceso de desarrollo de Pablo fue la muerte al pasado. «Olvidando lo que queda atrás.» Se ha dicho que se requiere valor y resolución para continuar avanzando siempre, dejando atrás el pasado. Nos gustaría conservar las cosas que hemos aprendido a amar, y no queremos separarnos de ellas. Para algunos es difícil dejar sus penas atrás, salir de las sombras de sus aflicciones. Les es difícil salir de las tumbas en que han enterrado los tesoros de su corazón.

EL PROPOSITO DE LA PENA

Esta no es la voluntad de Dios con respecto a nosotros. Naturalmente, la pena, que es una pena sumisa, no es un pecado. Es imposible que no echemos de menos las amistades dulces. La vida no puede volver a ser nunca la misma para algunos que están afligidos. Pero las pérdidas y las penas de la vida sirven un objetivo que es dejar más riqueza en el carácter y más bendición que haga más rica la eternidad. Más tarde o más temprano la aflicción llega a cada casa. No hay condición que se exima: riqueza, cultura, religión. Cuando dos jóvenes se reúnen en el altar matrimonial para establecer un nuevo hogar parece que su dicha no va a nublarse nunca, pero la aflicción puede alcanzar los corazones incluso allí. Durante algunos años, quizás, el sueño sigue intacto. Las flores siguen dando su fragancia, la música sigue sonando alegre y gozosa. El círculo está cerrado: los hijos crecen en una atmósfera de amor, y la vida fluye apacible como un río que se va rofundizando en su cauce. En medio de la desolación de otros hogares éste permanece intacto, como un oasis en el desierto. Pero no para siempre. Llega un día en que el descarnado mensajero llama a la puerta y sus recios aldabonazos turban la paz del corazón. Las flores se marchitan, la música cesa, el círculo se abre.

EL PELIGRO DE LA PENA

La primera experiencia de la pena es muy dolorosa. Su tristeza y extrañeza es terrible. Lo que parecía imposible ayer es una realidad hoy. Aquel a quien amábamos ya no está con nosotros. ¿Cómo se va a llenar su lugar? Parece que nunca vamos a poder ser consolados. El momento de la primera pena es para toda vida un punto crítico. Algunos rehúsan ser consolados. La pena puede ser una bendición o una maldición. Alguien ha dicho «No desaprovechéis las penas.» El que la pena sea una bendición o una maldición depende de tu relación con Cristo. El mismo fuego que derrite la cera endurece la arcilla. La pena es un fuego con el que la mano de Dios ha de purificar las vidas de los suyos, pero que si nos resistimos a aceptarla, produce desolación. En la vida del cristiano, o en el hogar cristiano, la pena debería dejar siempre bendición. Debería ser recibida como un mensajero de Dios, y siéndolo, ha de dejar una huella de bendición y paz, y hacer el hogar más apacible, más tierno, más celestial. Se ha dicho que en ningún hogar se alcanza la suma bendición y la plenitud de la vida hasta que alguna pena entra por su puerta. «Incluso el amor en el hogar, como ciertos frutos otoñales, no madura y alcanza su dulzor hasta que lo tocan los dedos helados de la tribulación.»

LA BENDICION DE LA PENA

Muchas de las mejores cosas del mundo nacen en la aflicción. Los cantos más dulces que han sido cantados han salido del fuego. Las cosas buenas que hemos heredado del pasado han sido compradas con sufrimiento y sacrificio. Nuestra redención procede de Getsemaní y del Calvario. Llegamos al Cielo mediante las lágrimas y sangre de Jesús. Nuestro amor para los otros puede ser fuerte y verdadero, pero no alcanza nunca su expresión más santa y más plena hasta que el dolor ha tocado nuestros corazones. Incluso el amor de una madre no alcanza plena fuerza hasta que el niño sufre o está en peligro. Lo mismo ocurre en el hogar. El hogar en que ha habido penas en el verdadero espíritu de sumisión y fe, surge de ellas con un afecto más puro y tierno, más generoso, menos terreno. Cuando el marido y la esposa están junto a un hijo muerto se sienten unidos por ello más íntimamente. Los hijos que quedan cobran un nuevo valor. Los hermanos y hermanas piensan

más en el hogar en que el círculo ha sido roto. Una silla vacía en un hogar cristiano tiene un poder maravilloso para refinar el afecto.

La nube de la pena que cuelga sobre el hogar es rica en bendiciones y está dispuesta a derramar sus bendiciones sobre los que sufren. (Adaptado de J. R. Miller.)

NO TE DEJES PERDER TUS PENAS

¿Cómo podemos estar seguros de recibir bendición a través de la pena? Primero, hemos de reconocerla como un mensajero de Dios. Hemos de aceptar que viene de El, esto es, con su permiso. Toda la pena se origina en el pecado o en Satán, pero está bajo el control de Dios. Hemos de escuchar el mensaje a pesar de la pérdida. Puede costarnos oírlo. La primera experiencia de la pena nos deja atontados y ciegos, pero hemos de ver en la oscuridad. Puede tardar algún tiempo hasta que la visión se aclara. Todas las promesas que antes significaban tanto en aquel momento quedan sin significado. Nos sentiremos tentados a dudar de todas las cosas en que antes creíamos con seguridad. Pero Dios está cerca, incluso cuando no podemos verle. Y cuando rehusamos la tentación de dar la culpa a Dios de modo insensato, cuando escuchamos su voz al ir renunciando a la rebeldía y aceptar nuestra pena como procedente de El, descubriremos que tiene alguna misión a realizar, trae algún don del cielo. Veremos que de la escoria saldrá algún pedazo de oro que ha sido puesto en libertad por el fuego. No te desanimes. La bendición tarda un poco. ¡Espera, espera! Ya vendrá.

Pero hemos de recordar que estas cosas son verdaderas sólo en las vidas y hogares en que mora Cristo. Un hogar sin Cristo no recibe ninguno de estos tesoros de la pena. Los que cierran las puertas a Cristo las cierran a toda bendición, y cuando se apagan sus lámparas de gozo terreno, se quedan a oscuras.

Triste es aquel que no ve las estrellas
Brillando entre las copas del ciprés,
Que abatido deposita a sus muertos,
Sin creer que verá destellos de la aurora
En las losas de mármol de las tumbas.

John Greenteaf Whittier

OLVIDANDO NUESTRAS EQUIVOCACIONES

Algunos encontramos difícil no sólo olvidar nuestras penas, sino también olvidar nuestras equivocaciones. Sin duda, en el año transcurrido hemos tenido nuestra serie de equivocaciones. Probablemente, se ciernen sobre nuestra memoria y ejercen un efecto desalentador en nosotros cuando miramos al futuro. Si no somos cuidadosos, las equivocaciones del pasado pueden colgar de nuestro cuello como cadenas, haciéndonos imposible o difícil el progreso. Nos sentimos tentados a pensar que nunca vamos a acertar nada porque hemos fracasado en algo en el pasado.

LAS EQUIVOCACIONES PUEDEN LLEGAR A SER UNA BENDICION

Puede sorprenderte saber que las equivocaciones pasadas no tienen por qué ser un obstáculo, sino que pueden ser incluso una bendición. Maduramos después de haber hecho una equivocación. Antes que el pintor pueda colgar su obra maestra en una exposición tiene que haber pintarrajeado muchos lienzos. Antes que el músico pueda dejar encantada a la audiencia, tiene que haber tocado muchas notas falsas. En todos los departamentos de la vida cuando nos preparamos para vivir y obrar de modo noble y hermoso hemos de corregir, madurar, aprender.

DIOS PUEDE INVALIDAR EL ERROR Y MEJORAR LA COSA

Es un consuelo para los que en el pasado hemos hecho errores saber lo que ocurrió a Jeremías en su visita al alfarero, y conocer el mensaje de Dios sobre el alfarero y su trabajo. En Jeremías 18:4 leemos: «Y siempre que la vasija que él hacía se echaba a perder en su mano, volvía a hacer otra vasija.» Todos hemos hallado a Dios. El vaso se ha echado a perder, por insensibilidad, o por nuestra voluntad indócil. Y ahora vivimos llenos de recuerdos ingratos que nos roban la energía.

A veces presentamos a Dios como si fuera un ser inflexible que nos causa desaliento para que podamos hacerle una franca confesión de fracaso y volver a intentar de nuevo. Pero una de las claras enseñanzas de la Palabra de Dios es la voluntad de Dios de restaurar al hombre la misericordia que ha dejado perder; de renovar la gracia que ha sido usada mal; de darnos cada año y cada día un nuevo comienzo. El vaso se echó a perder, pero hizo otro nuevo.

SI FALLAS LA PRIMERA VEZ

Yo tenía la impresión que si había que rehacer un vaso y usar la arcilla en otro, el segundo no quedaba tan bien, pero me han dicho que es al revés. Dios dijo a Jeremías, cuando éste observaba al alfarero que hacía un nuevo vaso de arcilla: «¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel?» (Jeremías 18:6). Así pues, Dios puede, de una vida abortada y destruida, volver a hacer algo hermoso y gozoso. «He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel» (v. 6). A los que creen que debido a sus errores se han perdido la posibilidad de una nueva oportunidad, les dice Dios estas palabras: «Y os restituiré los años que comió la langosta, el pulgón, el saltón y la oruga, mi gran ejército que envié contra vosotros» (Joel 2:25).

Piensa en los personajes bíblicos que fracasaron y que fueron restaurados. Jacob con sus engaños (Génesis 27) recibe la vista de Dios en una visión (la escala al cielo) y con ello la seguridad de que Dios no le ha descartado (Génesis 28). Moisés, después del fracaso estrepitoso en sus años mozos, enseñado por Dios durante cuarenta años en el desierto, vuelve a recibir la comisión original (Exodo 3). Jonás, que volvió grupas a su misión, pero recibe el encargo otra vez (Jonás 3). Consideremos a Pedro, que negó a Jesús tres veces, pero de nuevo es invitado a entrar en el redil (Marcos 16:7). Y en Tomas, y Juan Marcos (Juan 20:27; 2.a Timoteo 4:11). Todos estos ejemplos nos animan a creer que el pasado no tiene por qué tiranizar nuestras vidas; el fracaso, aunque sea inexcusable, no nos invalida; y la gracia de Dios no queda agotada con sus primeros dones.

SEGUN LE PARECIA AL ALFARERO

«Volvía a hacer otra vasija, según le parecía mejor hacerla» (Jeremías 18:4). Este es un mensaje para aquellos que han intentado hacer algo y han fracasado. Se hallan en el polvo de la humillación y la vergüenza. Se hallan paralizados y no se atreven a intentarlo otra vez. Pero el Divino Alfarero, como el de Jeremías, no se desanima tan fácilmente. «No se desanimará ni perderá aliento». Así que hacía otro vaso. El segundo esfuerzo es evidente que dio un resultado agradable al alfarero. Es indiscutible que todo pecado, error o equivocación tiene que ser considerado en nuestro débito. Pero con todo, la gracia de Dios es tal que si nos arrepentimos verdaderamente, puede anular lo malo y rehacerlo para su gloria. El segundo vaso era satisfactorio.

EL CAMINO DEL ARREPENTIMIENTO

No podemos pasar por alto, sin embargo, que mientras la arcilla del alfarero es inerte y carece de sentido, la arcilla humana no lo es. En el caso de la vida humana, la capacidad del Divino Alfarero para rehacer el vaso humano y de organizar la victoria a partir de la derrota, depende, ante todo, del reconocimiento claro del error, luego una clara confesión del mismo, y finalmente de un arrepentimiento real y de su corrección. Porque Dios le dijo a Jeremías: «Oh, casa de Israel, ¿no podré yo hacer de vosotros como este alfarero?... De pronto puedo hablar contra un pueblo y contra un reino, para arrasar, y derribar y destruir. Pero si ese pueblo contra el cual hablé se vuelve de su

maldad, yo me arrepiento del mal que había pensado hacerles» (Jeremías 18:6-8). Este principio es válido en la vida individual. En el momento que reconocemos una equivocación y nos arrepentimos verdaderamente, y hacemos restitución, en este momento Dios corrige la dirección hacia el mal que sigue el curso de las cosas. Y lo hace al instante. No importan cuál sea la equivocación. Pero la equivocación tiene que ser reconocida de modo específico. Hemos de precisarla claramente en nuestra confesión. Y cuando se ha hecho la corrección, hemos de hacer como Pablo: dejarlo todo en las manos de Dios y aceptar el perdón que El nos da. Después, hemos de olvidarlo todo. Cuando Dios nos perdona, nosotros hemos de perdonarnos a nosotros mismos. Este es el camino que va a la victoria a partir de los errores del pasado. «Olvidando lo que queda atrás» (Filipenses 3:13).

OLVIDANDO LO QUE NOS DUELE

Otra cosa que hemos de olvidar son las heridas y agravios del pasado. Todos los hemos recibido. Si guardamos memoria de ellos lo hacemos a nuestro riesgo. Es como una pequeña astilla clavada en la carne que puede acabar infectándose y al fin requiere la amputación del brazo, que se ha gangrenado, cuando no da lugar a una septicemia mortal. Esto es lo que ocurre con las pequeñas heridas cuando se enconan. Todos hemos sufrido agravios en el pasado. Quizás esperanzas y esfuerzos de toda una vida que quedaron pulverizados por la traición de un amigo. Amigos que ahora son enemigos. El albergar resentimiento en estos casos sólo causa daño. Nadie puede dañarnos, a menos que sea cuando, como reacción, somos nosotros mismos los que obramos mal en contra de esta persona. En último análisis, nadie en el mundo puede causarnos daño de no ser nosotros mismos. Los agravios y lecciones del pasado, si los olvidamos, pueden haber causado cambios en nosotros en el curso de nuestras acciones, cuando tuvieron lugar, pero no han seguido dañándonos como ocurre en algunos. Al final han resultado ser medios para una nueva dimensión en nuestro amor, una causa de bendición y mejora en nuestro carácter.

OLVIDANDO LOS LOGROS PASADOS

Debemos olvidar también los logros anteriores, nuestros éxitos, lo que hemos realizado. «No debemos considerar ninguna acción noble pasada como lo mejor que hemos hecho. No debemos mirar nunca atrás para contemplar la cumbre de nuestros logros» (J. R. Miller). Por noble y útil que haya sido el pasado, has de pensar siempre que puedes ir más allá. El pasado debe quedar empequeñecido por la visión del futuro.

Capítulo 11

LA LENTITUD DEL PROCESO

Llegamos ahora a la mirada dirigida hacia delante. «Extendiéndome a lo que está delante.» Hay aquí un espíritu de santa impaciencia. Una de las dificultades mayores para el alma elevada, el alma con un impulso espiritual sublime, es la aparente lentitud de su crecimiento espiritual, la lentitud con que Dios le está modelando. Y con todo, hemos de recordar que en un sentido incluso Dios necesita tiempo para formar un santo, como lo necesita para formar un roble. Es verdad que la santidad incipiente es la obra de un instante. En el momento en que un hijo de Dios ha nacido de nuevo, en aquel momento han nacido en él todas las posibilidades de la santidad. Pero el desarrollo y realización de estas posibilidades generalmente es cosa de años, y es natural impacientarse con Dios por la lentitud del proceso. Incluso cuando nos estamos esforzando por alcanzar las cosas que están delante de nosotros. Se dice bien que «Dios no nos hace de súbito. El proceso es lento, y corre a lo largo de los años de nuestra vida. Dios empieza a hacernos cuando nacemos y su obra continúa a lo largo de todos nuestros días. No hay una sola hora en que no dé un toque a nuestra vida, en que no sea marcado un rasgo de nuestro carácter» (J. R. Miller). Hay un millar de influencias y agentes: madre, padre, hogar, escuela, iglesia, juegos, libros, compañeros, amigos, gozos, penas, éxitos, fracasos, salud, enfermedad... todas las circunstancias y sucesos de la vida. Todas estas cosas obran

sobre nosotros, pero no ciegamente, no sin guía. Dios está siempre vigilando y obra a través de todas estas experiencias, a menos que nosotros le expulsemos de nuestra vida.

ES DIOS QUE NOS MOLDEA

Si esto es verdad, aunque nosotros sólo vemos las circunstancias, es realmente Dios el que nos forma. Con toda seguridad, no podemos ver su mano, porque está escondida detrás de las circunstancias, pero es en realidad su mano que nos forma. No hay período en todos los años en que podamos decir que Dios ya ha terminado formándonos.

Una mujer joven que había perdido a sus dos hijos, los dos en un mismo día, y ella misma quedó inválida, no podía refrenar una actitud de rebeldía en su corazón y un día le dijo a su tía: «No sé por qué Dios me hizo. No sé que pueda haber sido de utilidad el haberme hecho.» Su tía, con más experiencia, respondió: «Quizá no se pueda ver todavía, pero Dios no ha terminado contigo. Todavía está trabajando y a ti no te gusta.» Es bueno que recordemos que Dios no ha terminado todavía con nosotros. Si recordáramos que el proceso sigue todavía, no nos mostraríamos tan impacientes. Es posible que el esperar nos ayude a comprender las razones que han motivado pasadas experiencias que hemos tenido. Dios está obrando con su mazo y cincel, como el escultor que está esculpiendo una estatua.

NO HAY NADA ACCIDENTAL

Al presente no somos lo que hemos de ser, ni lo que seremos. Pero Dios no obra sin una pauta, o si se quiere, un plano. El sabe lo que quiere hacer, a pesar de que nosotros no lo sabemos. No hay nada accidental o al azar en nuestra vida, sino providencia. Hay una mano que guía estas situaciones y circunstancias.

DIOS NO HA TERMINADO TODAVIA CON NOSOTROS

Es posible que hasta el momento presente no haya aparecido mucho de valor en nuestras vidas. Pero Dios no ha terminado todavía. Todavía hacemos equivocaciones. Nunca parece que terminemos de aprender las lecciones. Dios nos mira como si fuéramos niños en la escuela. El cuadro no ha sido acabado todavía. El fruto no está maduro. Pero llegará un día en que la obra será completa y seremos presentados «sin mancha delante de su gloria con gran alegría» (Judas 24). Hemos de esperar hasta que se escriba el último capítulo de nuestra vida antes de decir que Dios no es bondadoso con nosotros.

No he de dudar, aunque todos mis barcos
Ahora en el mar, vuelvan por la tormenta
Apabullados,
El mástil roto y las velas rasgadas;
Aún he de creer que la mano que guía
Mis cosas para bien están activas.
Por más que mi esperanza
Queda hecha trizas,
¡En Ti esperaré!
No he de dudar, por más que mi oración
Se quede sin respuesta, una vez y otra;
Voy a creer que es sólo por amor
Que retuviste la contestación;
Y aunque me quede sin lo que deseo
Y aunque me falte lo que te he pedido,
La llama de mi fe seguirá ardiendo
Viva y segura.
No he de dudar, aunque las penas caigan
Sobre mí cual la lluvia; cual abejas

En enjambre tupido, se me echen encima,
Las cumbres a que aspiro
Sólo alcanzar se pueden con esfuerzo y angustia,
Y aunque gimo agobiado por las cruces
Que encorvan mis espaldas,
Para mí todo esto no son pérdidas
Sino ganancia.
No he de dudar. Anclado en esta fe,
Puede rugir en vano la galerna,
Mi navío proseguirá adelante
Y al llegar a los mares ignotos de la muerte,
Cuando mi espíritu abandone su cuerpo,
Si hay alguien que me escuche
Oirá como digo:
¡No he dudado jamás!
¡En Ti confío!

ESTE MUNDO NO PERTENECE AL DIABLO

Creyendo esto, hacemos frente a lo peor que la vida puede traernos sin duda en cuanto al resultado de cualquier experiencia o combinación de experiencia, en tanto que confiamos en El y hacemos su voluntad. Este es un mundo que no es regido por el azar. Tampoco es un mundo que pertenezca a Satanás. «El Señor reina» (Salmo 96: 10). La mano divina está activa en todos los asuntos del mundo. Si somos leales y fieles a El en toda circunstancia, hallaremos al fin que nuestro Señor no ha errado en nada, porque El hace todas las cosas bien. « (Jesús) sostiene todas las cosas con la palabra de su poder» (Hebreos 1:3).

Capítulo 12

CONCENTRACION

No deberíamos olvidar que aun cuando un santo no se hace en un día, tampoco se hace durmiendo. Por tanto, si hemos de poner por obra nuestras visiones y alcanzar nuestros objetivos, como Pablo, hemos de «extendernos a lo que hay delante». Esto es, todo el poder de nuestro ser debe concentrarse en este asunto del crecimiento espiritual. Ante nosotros, cuando contemplamos el futuro, captamos una visión de belleza espiritual ideal, y queremos alcanzarla. Si no somos cuidadosos corremos el peligro de perder la mejor manera de realizar nuestros ideales y de poner por obra nuestras visiones. Estamos en peligro de pensar que las metas elevadas van a ser alcanzadas por medio de experiencias extáticas o cataclismos emocionales. En momentos de gran inspiración ha sido encendido un santo fervor en nosotros y pensamos que estamos preparados para grandes heroísmos, tareas difíciles y un austero negamos a nosotros mismos. Pero la prueba a que nos somete la vida, especialmente durante los días de la semana, no será con acciones heroicas, o actos encumbrados de los cuales va a hablar la gente, sino rutinas y cosas banales y comunes. Y por esto, corremos el peligro de perder la oportunidad de obrar nuestras visiones de modo práctico.

ENVIDIA DE LOS ANGELES

Uno de los cuadros de Murillo muestra el interior de una cocina. Sin embargo, en vez de haber cocineros en ella, seres mortales en ropas de trabajo, vemos a ángeles con vestiduras blancas haciendo las humildes tareas. Uno está poniendo una cacerola al fuego, otro está levantando un balde de agua, el otro está poniendo la mesa. Hay un pequeño querubín que ofrece su ayuda. La lección es que las tareas más humildes que somos llamados a hacer, si son hechas por motivos rectos, son realmente celestiales en su carácter, de tal forma que los ángeles estarían contentos de poder hacerlas. Pero a consecuencia de que no hemos crucificado nuestro yo, estamos corriendo el

riesgo de pasar por alto lo sagrado de las tareas comunes, y en tanto que esperamos una tarea conspicua en que plasmar nuestros ideales, se nos pasa la oportunidad real. Nos sorprenderíamos si supiéramos lo contentos que se pondrían los ángeles si pudieran ocupar nuestro lugar y hacer nuestras humildes tareas. Alguna madre que hoy se agota cuidando a su familia, y ve a su vecina que pasa las horas frívolamente en actividades sociales, se sorprendería si descubriera que está siendo envidiada por los ángeles. «Mas cualquiera que se ensalce a sí mismo, será humillado; y cualquiera que se humille a sí mismo será ensalzado» (Mateo 23:12).

TAREAS HUMILDES - GRACIA CELESTIAL

Las tareas humildes nos ofrecen una oportunidad tan grande para desarrollar las gracias celestiales como las tareas de mayor enjundia y relieve. Se necesita más gracia, a veces, para las tareas corrientes, que para los notables y ostensibles. Algunos creen que podrían ser mártires por Cristo, pero no están dispuestos a sacrificarse por El en su propio hogar. Lo más probable es que nuestras visiones gloriosas, aparecidas en momento de intensa resolución, tendrán que ser obradas en circunstancia humildes. Estas ideas las expresan las siguientes líneas:

«En una visión te he visto, ¡oh Cristo!
¿Qué quieres pues que haga?
No hay nada demasiado difícil en el mundo
Que no esté dispuesto a hacer por Ti»

«Vuelve hijo mío, a la tarea humilde;
Aún te falta que aprender en ella.
Ejerce la paciencia, aguanta
Aunque te desanime la monotonía.»

«Señor Jesús, estoy dispuesto
al martirio, al destierro, al dolor, a la muerte.»
«Me basta con que escondas el dolor de tu pecho
Y que emprendas de nuevo tu tarea cantando.»

«Soy fuerte, soy osado, yo te amo, Señor;
No hay sufrimiento alguno que me arredre.»
«Quiero saber qué pasa cuando te calumnian,
¿No protestas airado? ¿Eres devoto y puro?»

«¿Te alegra el corazón el bien del prójimo?
¿Le ayudas cuándo está en necesidad?
Si haces ya todo esto, creer puedo,
Que hayas visto mi rostro en tu visión.»

LA SANTIDAD REQUIERE ESFUERZO

Los ideales espirituales elevados no se alcanzan sin un esfuerzo consciente considerable. Pablo dice: «Me extiendo a lo que está delante.» Algunas personas dicen que si hemos sido salvados y santificados o llenos del Espíritu, los estados elevados de santidad son a partir de entonces espontáneos, prácticamente sin esfuerzo. Esta enseñanza lleva a muchas personas a descubrir decepciones que después de una experiencia definida de salvación se requiere mucha oración, vigilancia constante y una verdadera disciplina para poder vivir a la altura de una experiencia llena del Espíritu. Y como a causa de esta enseñanza, si han tenido una experiencia de santificación, nunca quieren caer por debajo de este ideal, con frecuencia pierden la confianza, considerándose como muertos, tal como dice Pablo en Romanos 6.

No existe una santidad sin esfuerzo. Vas siempre a ser tentado en formas variadas, a vivir conforme a la carne y a dejar de andar en el Espíritu. Después de la conversión y la limpieza del corazón, todavía tendrás que estar alerta y probablemente algunas veces, sin darte cuenta, caerás en alguna falta. Incluso después de una experiencia definida de justificación y de ser lleno con el Espíritu, la santidad pura va a aumentar y ser reforzada sólo por medio de la práctica. Algunas personas me llaman legalista y dicen que estoy defendiendo una salvación por medio de las obras porque digo que toda bondad en la vida empieza primero al obedecer las reglas y guardar los mandamientos. El caso es que no podemos guardar los mandamientos de Cristo sin una obra y un amor sobrenatural en el corazón, sin un espíritu limpiado, pero incluso un corazón limpiado se mantiene limpio por medio de una obediencia disciplinada.

Para tocar bien el piano hay que aprender a tocar escalas. No cabe duda que nuestra limpieza y nuestra salvación tienen que ser obradas por dentro para ser obradas por fuera, pero el creyente tiene la orden de obrar para su salvación «con temor y temblor». Mozart tenía la música dentro; pero tuvo que aprender a tocar escalas. Hay que aprender una práctica disciplinada según principios determinados.

La manera de adquirir habilidad es repetir algo muchas veces, hasta que se hace perfecto, sin esfuerzo consciente. La manera de hacer grandes cosas es empezar por las pequeñas e ir adquiriendo facilidad. Este es un asunto de gran importancia. El modo de llegar a la madurez en la santidad es, después que el corazón está limpio en pensamiento, palabra y obra, corregir los fallos con tanta frecuencia que finalmente nos disciplinamos en consonancia con la belleza y perfección moral. Quizás alguno diga: «Pero cuando fui lleno del Espíritu no tuve que esforzarme. La cosa tuvo lugar de modo espontáneo sin esfuerzo por mi parte.» No puedo por menos de preguntarme hasta qué punto habrías llegado si, como Pablo, hubieras procurado «extenderte» a lo que está delante con toda la energía de tu alma.

DEVOCIONES REGULARES

Para llegar a ser santos que oran, hemos de aprender a orar a horas regulares, reloj en mano. Esto es muy importante. Nunca vas a llegar a ser un santo que ora si dependes del impulso que te lleve a orar. Nunca llegarás a ser un santo que ora a menos que te disciplines a un programa fijo de oración. El depender de impulsos como guía a la oración significa que no vas a orar, casi seguro. Tienes que disciplinarte para leer la Biblia y mantener tus devociones de modo regular. Lo mismo con toda la vida religiosa. Sólo crecemos en la paciencia usando la que tenemos, hasta el límite. Crecemos en la paciencia siendo pacientes, tanto como podemos, cada día, y en las cosas pequeñas. Nos volvemos generosos cuando practicamos la generosidad siempre que tenemos oportunidad de hacerlo. Hemos de esforzarnos, como dice Pablo, subiendo peldaño tras peldaño a las alturas radiantes de excelencia y hermosura moral. Mejoramos cuando procuramos hacer algo mejor de lo que lo haríamos sin el esfuerzo. Mejoramos cuando vivimos según principios, no según emoción.

LA PRACTICA HACE LA PERFECCION

Pablo dice: «Prosigo a la meta.» Esto es, hacia la visión y el ideal. «La prueba de la vida moral se halla en las tendencias.» No se trata de hasta qué punto has llegado, sino: «Hacia dónde te diriges.» Creemos siempre en la dirección de nuestra vida diaria. Las potencias que usamos se desarrollan continuamente y se hacen más fuertes; las gracias que cultivamos se destacan más claramente en nuestro carácter. «Un pájaro que no usara las alas, pronto no tendría alas para usar.» Y hablando espiritualmente, aunque nuestra alma no tiene alas hasta que se las da Dios, estas alas deben ser ejercidas para conseguir fuerza. Incluso Pablo, que era un santo, tenía que esforzarse y proseguir adelante a la hermosa visión, que era un desafío para él en el futuro.

Capítulo 13

EL FUTURO VELADO

Cuando dirigimos la vista al futuro nos preguntamos qué nos reserva. ¿Has deseado alguna vez poder recorrer la cortina que vela el futuro y dar una ojeada en el mañana? ¿Te has preguntado por qué mantiene Dios escondido el futuro? ¿Has intentado vanamente abrir un poco la puerta, como intentaron los discípulos cuando le preguntaron a Jesús: «Señor, ¿cuándo vas a restaurar el reino de Israel?» Su respuesta es la que nos da a todos los que dirigimos la mirada al futuro: «No os corresponde saber las sazones y tiempos, sino que esto corresponde al Padre.» Esta es la respuesta simple de Dios a todos los que quisieran recorrer el velo del secreto, acudiendo a agoreros, echadores de cartas y gente de equivalente ralea. Dios mantiene el futuro escondido porque esto es lo mejor. Dios ve que es mejor que avancemos paso a paso y vivamos día a día. Es por esto que ha prometido guiarnos paso a paso. «Cuando corras, tus pasos serán guiados uno a uno» (Proverbios 4:12; versión moderna). Siendo conducido así, paso a paso, viviendo así, día a día, los goces de la vida no nos deslumbrarán, porque nuestros corazones se habrán vuelto sobrios, de modo que habremos aprendido a recibirlos. Si pudiéramos saber de antemano que vienen gozos y prosperidad, nos exaltaríamos y descuidaríamos nuestros deberes y peligros. Soltaríamos la mano de Dios y avanzaríamos confiadamente, perdiéndonos la bendición que viene de la fe simple. Al ser conducidos paso a paso, viviendo un día a la vez, no nos abruman las aflicciones de la vida. Si hubiéramos sabido las luchas y tribulaciones que teníamos delante, nos habríamos desalentado y no habríamos podido resistirlas. Cristo ha hecho imposible para nosotros el conocimiento del futuro, porque así es mejor. Si no creemos esto ahora, algún día lo creeremos, cuando se disipen las nieblas y veamos con claridad.

LAS GLORIAS DEL CIELO VELADAS

¿Te has preguntado alguna vez por qué Dios no ha revelado más sobre el Cielo y sus glorias? Quizás es porque esta revelación, si nos fuera hecha ahora, nos haría inaptos para el deber aquí.

Un viajero, al regresar al hogar después de un largo viaje, cuenta de los países que ha visitado. Cuando los marineros llegan a la orilla de su propio país es difícil retenerlos para que cumplan sus deberes. Allí están sus amigos en el muelle, y la emoción los arrastra, hasta el punto que hay que poner otra tripulación para que se haga cargo del buque. Supongamos que nosotros, en este valle de lágrimas, al ir luchando y trabajando en un mundo hostil, pudiéramos contemplar las glorias inefables de nuestra patria, y ver a nuestros amigos y queridos que nos saludan desde la otra orilla, en que se hallan sanos y salvos, ¿es concebible que tuviéramos todavía la entereza para dedicarnos a nuestros deberes? No, hay que pensar que la visión de este esplendor nos dejaría tan embelesados que nos olvidaríamos de nuestros deberes. Y si pudiéramos arrancamos de esta contemplación, nos dedicaríamos a nuestras tareas a regañadientes. Sin duda, es mejor que no nos hayan sido reveladas. La gloria velada no nos deslumbra, pero tenemos bastante conocimiento de ella para sostenemos en la espera de la aurora de aquel día. Podemos esperar con fe paciente cuando nos vemos delante del misterio, cuando las sombras se extienden delante de nuestro camino, confiados que aunque no sabemos exactamente por dónde vamos, conocemos a nuestro Guía, y Él nos dice cuanto podemos saber.

«COMO TUS DIAS SERAN TUS FUERZAS»

En realidad, es un acto de misericordia el que no se nos deje conocer la vida toda de una vez, sino día a día, y que no tengamos que luchar más que las batallas de aquel día, llevar las cargas de aquel día, sufrir las aflicciones de aquel día. Dios tiene buenas razones para desmenuzar la vida en pequeñas unidades y suministrar estas pequeñas porciones sucesivamente. En el desierto, Dios nunca dio a su pueblo el maná con varios días de anticipación, sino día a día, excepto la mañana

antes del sábado cuando lo recibían por dos días. Les prohibió que recogieran una provisión mayor de la necesaria. Esto era para enseñar a su pueblo a que confiaran en El para el día de mañana.

Les dio la promesa «Como tus días serán tus fuerzas» (Deuteronomio 33:25). La fuerza que se nos promete no es para el futuro, sino para el día de hoy, cuando la necesitamos. Cuando aumenta la carga, aumenta la fuerza. Al hacerse más oscura la noche, las lámparas brillan con mayor intensidad. El pensamiento que cuenta aquí es que la fuerza no es acarreada en nuestro pecho a espaldas, sino en la provisión necesaria para cada día. Es El que la tiene en reserva y nos la da según la necesitemos.

UN DIA A LA VEZ

La vida es como una escuela: nos da una lección para aprender cada día. Una vez hemos aprendido ésta nos da otra. El avanzar en la vida, viviendo día a día, es como viajar a la luz de la linterna. Alumbra el camino pero sólo el paso siguiente. Cuando hemos dado este paso, la luz se proyecta sobre el nuevo trozo del camino que necesita ser iluminado, y así vamos siguiendo hasta llegar al final del viaje. Esta es la forma en que Dios ilumina nuestro camino. Lo que quiere es que veamos bien claro cuáles el paso que tenemos que dar. Después otro. «Como tus días serán tus fuerzas» (Deuteronomio 33:25). Nuestro camino es seguro de esta forma.

CALZADO ESPECIAL PARA CAMINOS ASPEROS

A la tribu de Aser se le dio un terreno montañoso. Esto significa que tenían que andar por territorio quebrado, en el cual el calzado de madera, o cuero, muy pronto quedaría inutilizado o desgastado. Por ello, necesitaban zapatos especiales.

Por tanto, Dios colocó hierro en sus montañas que necesitaban para su calzado. «Tu calzado será de hierro y de bronce» (antigua traducción de Deuteronomio 33:23).

Esta promesa hay que entenderla como válida para todos los que andan por sendas difíciles. Los que como Pablo se esfuerzan por extenderse a lo que tienen delante. Si quieres subir, necesitas calzado resistente, pues no es fácil subir. Pero Dios nos ha prometido que en este asunto del ascenso espiritual nos va a proporcionar calzado apropiado.

La porción de Aser no era casual, o accidental. Fue decidida por Dios. No hay accidentes o casualidades en las órdenes recibidas por los hijos de Dios en cuanto a lugares y circunstancias. Todo ha sido ordenado para el mejor desarrollo del individuo.

EL MEJOR ORO DE LA VIDA

A veces nos preguntamos cómo vamos a resolver ciertos problemas que consideramos difíciles o a pasar por ciertas experiencias. Nos sentimos tentados a preocuparnos y temer que carecemos de gracia para las futuras tribulaciones. Esto es debido a que no nos hacemos cargo del significado de la promesa. Dios no nos promete fuerza para las necesidades cuando estas necesidades están en el futuro. Pero cuando viene el conflicto viene la fuerza. La ayuda para resistir la tentación viene con la tentación.

Algunas personas se preocupan a veces por si van a tener gracia en la hora de la muerte. En tanto que vives no la necesitas. Pero cuando venga tu último día, esta gracia te será concedida. En los caminos difíciles de la tribulación es donde se encuentra el oro más fino de la vida.

DIOS GUIA LOS PLANETAS

El camino que hemos de cruzar en el año próximo está velado para nosotros en el misterio, pero no tenemos por qué temer que nuestra voluntad va a ser guiada divinamente. Muchas personas tienen dificultades para creer en la guía divina. Saben que Dios guía a las estrellas, soles y planetas en sus órbitas de modo tan preciso que ninguna de ellas se desvía un punto de su curso. Saben que El dirige los astros con una precisión absoluta en todos sus movimientos, en todas las edades. Las estrellas no van ni demasiado deprisa ni demasiado despacio. Ningún planeta deja su órbita. Dios ha

marcado el camino de todos ellos. Tan exacto es su curso que los astrónomos pueden calcular la fecha exacta de un eclipse con años de anticipación.

DIOS GUIA TAMBIEN LAS VIDAS HUMANAS

Pero, ¿se interesa Dios también por cosas tan pequeñas como la vida de los individuos? Si da dirección, ¿se confina a las carreras de los grandes hombres que son responsables por los destinos de millones, o a los cuales son confiadas misiones de gran responsabilidad? ¿Muestra a un hijo suyo sencillo el camino en medio de las dificultades? ¿Quizá a uno que se ha descarriado en su vuelta al hogar? Las Escrituras nos proporcionan abundantes respuestas a estas preguntas. Por ejemplo, se nos dice que Dios es nuestro Padre. ¿Cuáles son las características de la paternidad? ¿Hay algún hijo que sea demasiado pequeño para que su padre no se interese en él? Todo lo que es bueno en la paternidad humana es sólo un reflejo de la divina.

Se nos dice no sólo que llama las estrellas por sus nombres, sino también que es el Buen Pastor, y que llama a las ovejas por su nombre. Si alimenta a los gorriones y viste a los lirios, podemos estar seguros que instruirá a sus hijos en el camino que deben seguir. Cada creyente tiene su propio lugar y es cuidado como si fuera él solo el único hijo. Dios nos ama como individuos. Dios cuida de todos y cada uno de los sucesos. La naturaleza está bajo el control de Dios. El mar recibe órdenes de Dios: «Hasta aquí y no más» (Job 38:11) dice a las olas, y no traspasan sus límites. «Las manos que fueron taladradas mueven las ruedas de la historia humana y moldean las circunstancias de las vidas individuales» (Maclaren). Si todo esto es verdad, podemos estar seguros que no se nos dejará para que busquemos el camino solos.

EL GUIA POR MEDIO DE COSAS PEQUEÑAS

Si no somos cuidadosos es posible que no reconozcamos la guía de Dios, porque esta guía a veces nos lleva a través de caminos vulgares y corrientes. Tenemos tendencia a asociar la guía de Dios sólo con acontecimientos dramáticos, excepcionales o emocionantes en nuestra vida. Pero si la guía de Dios se limitara a algunos momentos destacados, la vida quedaría casi vacía de El, porque los acontecimientos importantes son raros. A menos que podamos reconocer la guía de Dios en la rutina cotidiana, es posible que nos pase por alto completamente. Hemos de recordar que los grandes principios son ejercidos de modo tan verdadero y reforzados cuando los practicamos en las circunstancias comunes, como cuando lo hacemos en las sensacionales. No olvidemos esto. La guía de Dios no se interrumpe para los asuntos de rutina, de servicio humilde. Aunque nuestra vida es por lo común escondida, esto no significa que Dios no se preocupa de ella, o que se preocupa menos que por la de los que están en primera línea. En el fondo del mar hay cavernas de singular hermosura y rara perfección, no inferior a la que encuentran los ojos humanos en las flores que adornan los jardines que están a la vista.

LA TIERRA ESTA LLENA DE CIELO

En lo más humilde hay lugar para la más noble forma de vida. Hay muchos deberes en la vida que parecen penosos. Los muchachos encuentran desagradable el trabajo de casa que se llevan de la escuela. Creen que es aburrido. La madre se cansa de las interminables tareas caseras, y el marido del trabajo de la oficina o del taller. A todos nos llega un momento en que pensamos que algo que tenemos que hacer no vale la pena hacerlo. Que nos gustaría hacer algo más elevado y noble. Pero en los mismos deberes que desdeñas de modo natural hay la oportunidad de desarrollar el carácter más noble. Recuerda que fue mientras cuidaba ovejas en el desierto que Moisés tuvo la visión de la zarza que ardía. Si hubiera ejercido sus tareas con la misma desidia con que las hacen algunos, es posible que se hubiera perdido la visión. «La tierra está rellena de cielo y toda zarza está ardiendo con la presencia de Dios.»

EL NOS GUIA A TRAVES DE LAS COSAS COMUNES

Dios se halla en los lugares más inesperados. Fue en las colinas de Judea que unos humildes pastores recibieron la proclamación bendita y hallaron a Dios, no en palacios terrestres, sino en un establo común. Gedeón trillaba en la era y Eliseo araba cuando recibieron revelaciones divinas. Con frecuencia hallamos a Dios por caminos humildes.

Felipe dijo a Jesús: «Muéstranos al Padre», y la respuesta de Jesús mostró lo decepcionado que quedó por la pregunta: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe?» (Juan 14:9). El que me ha visto ha visto al Padre.» Felipe evidentemente pensaba que la revelación tenía que ser esplendorosa y que había dejado de reconocer al Padre en la vida quieta cotidiana de Cristo. Cristo se nos revela generalmente en formas corrientes y humildes. Nosotros rehusamos hacer algunas tareas y deberes que se nos asignan, porque pensamos que están por debajo de nuestros merecimientos o dignidad; sin damos cuenta que es Dios que nos los ha dado, y que si hubieran sido asignadas a los ángeles ellos las habrían hecho con avidez. Es evidente que los discípulos no estaban en disposición de lavarse los pies unos a otros. Esta era una tarea humilde, destinada al esclavo de inferior categoría en la casa. Pero el Señor del cielo y tierra tomando la toalla, la hizo. No consideró que fuera una tarea que le rebajara.

Capítulo 14

¿CUAL ES TU MISION?

Supongamos que Pablo hubiera perdido la confianza y la guía de Dios mientras estaba en la cárcel. Nunca habría recibido la revelación de la verdad divina que le fue confiada. Gran parte de la verdad que ha entusiasmado a millones de almas fue revelada a Pablo mientras trabajaba cosiendo tiendas. Muchos no han aprendido aún a ver a Dios en la vida de cada día. Si Jesús «sostiene todas las cosas con la palabra de su poder», es decir, rige al universo (Hebreos 1:3), tiene también que regir mis deberes diarios. Nos parece que nuestra vida no vale la pena, que se pierde en infinidad de pequeñas tareas. Pensamos que podríamos hallar a Dios en la vida si ocupáramos un lugar más conspicuo, o pudiéramos realizar alguna tarea sensacional, o pudiéramos viajar a lugares distantes. Pero no hay ocupación en sí que sea humilde. No tenemos que sentirnos humillados por nuestra condición terrena. Todo depende de cuál es nuestra misión, no nuestra ocupación. Jesús era carpintero de oficio, pero ésta no era su misión. Es posible que tú seas un tendero, o un carnicero, o un labriego, por ocupación, pero si tú te has entregado del todo a Dios, tu misión es la misma que la del predicador o la del director del coro, o la de un evangelista. No es tu ocupación, sino tu misión la que te exalta o que te rebaja. Cuando no haya nieblas en nuestra vista, sino que veamos las cosas como son, la mujer que friega suelos por ocupación pero cuya misión es exaltar a Jesucristo, será más glorificada que los mismos príncipes que viven para sí. Dios está en toda vida de la cual es el centro.

¿TE SIENTES BURLADO EN LA VIDA?

Quizá creas que no has recibido una porción justa de las oportunidades y privilegios de la vida. Quizá te has estado preocupando porque otros parecen recibir más favores que tú. Has estado descontento y deprimido. Quizás ésta es la razón por la que te has perdido el sentido de la guía de Dios en tu vida. Hace muchos años había en nuestra congregación una joven cristiana que siempre tenía la cara triste. Estaba insatisfecha, se sentía desgraciada. Su perspectiva de las cosas era sombría. No daba color y brillo a su vida. Consideraba que la vida la había tratado injustamente. No tenía unos antecedentes ni un hogar cristiano. No era hermosa ni poseía talentos. No sabía dónde podía encajar. Pensaba que nuestros hijos podían ser felices porque tenían todas las oportunidades para desarrollar lo que a ella le había sido negado. Es natural que no esté contenta en estas circunstancias, pensaba ella llena de amargura en su corazón. Pero un día esta persona recibió

ayuda. Fue llenada por el Espíritu. Pronto perdió su lobreguez y se volvió radiante. Observé mientras crecía. Su destino había parecido hasta ahora insignificante, pero ahora estaba cambiada por dentro. Y un día vino a verme con la cara radiante, diciéndome que había encontrado su lugar, su vocación en la vida. Esto ocurrió hace treinta y cinco años. Hoy ha cumplido casi treinta años de ilustre servicio en las misiones en el extranjero. Quizá pienses que ya no ocurren milagros, pero cuando una vida está centrada en Cristo, y todo lo que hacemos es por El, toda la vida empieza a arder por Dios. Toda la vida se vuelve un milagro, que no es menos verdadero que la vida de los santos de la Biblia. Si tu vida está centrada en Dios, es tan sagrada como la de un ministro o un misionero, y tiene tanto de Dios como la de ellos.

PIENSA EN LA ESFERA HUMILDE DE CRISTO

Piensa en Jesús por un momento. A los doce años fue al templo, y pasó a ser el centro de atracción, pues confundía a los doctores de la ley y a las otras autoridades religiosas. Pero ¿qué hizo cuando su madre le halló y le llamó la atención sobre el hecho con cariño? Se fue con ella de vuelta a su hogar lugareño en Nazaret, y siguió sujeto a sus padres. Allí, en aquel ambiente humilde, trabajaba en el taller de carpintería de su padre, pero al mismo tiempo fue desarrollando el más elevado sentido del deber, el más pleno y más completo, de que tenemos conocimiento. Por tanto, por más que nuestra tarea sea monótona, el deber aburrido y las circunstancias nos limiten, podemos estar seguros que nos proporcionan una gran oportunidad para el desarrollo del carácter más noble. Y podemos estar seguros que el hecho que estas tareas sean humildes y difíciles o pesadas, hechas en los ambientes menos apropiados, no nos privará de la guía de Dios, puesto que El mismo vivió bajo la disciplina de estas condiciones. No nos perdamos esta guía porque no le podemos ver en las cosas comunes.

LOS CAMINOS DE DIOS SON SIEMPRE RECTOS, AUNQUE NO SIEMPRE FACILES

Corremos también el peligro de fallar en reconocer la guía de Dios porque los caminos por los que El nos guía no son siempre llanos y fáciles. Es natural que pensemos que si Dios lo guía todo, todo va a ser placentero y fácil. Pero no es así: En Mateo 4:1 leemos que «Jesús era guiado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo».

De modo que Dios, a veces, ordena de tal forma nuestras vidas que somos llevados a lugares en que se pone a prueba toda la fibra moral de nuestro carácter. Y esto significa que Satán va a entendedérselas con nosotros. Satán siempre merodea alrededor nuestro y por tanto sabemos que el camino no va a ser fácil, sino difícil, oscuro y doloroso. Cuando Dios nos guía por ciertos caminos esperamos gozar de tranquilidad, pero nos ponemos nerviosos y nos quejamos incluso de modo impertinente cuando las cosas van de otra forma. Corremos peligro de poner en duda su guía cuando el camino es difícil.

EL CAMINO ABRUPTO DE PABLO

Pongamos por ejemplo el viaje de Pablo a Roma. Si él hubiera tenido la impresión que Dios siempre guía por caminos fáciles, muy pronto, en el curso del viaje, habría decidido que había perdido por completo la guía de Dios. Durante meses estuvo confinado en mazmorras solitarias, como prisionero de Roma. En vez de ser llevado en un carro celestial, tuvo que pasar un naufragio, con días y noches interminables en una situación desesperada, catorce días sin comer nada. Y, ¿cómo llegó a tierra? No guiado por ningún ángel, sino nadando agarrado a un fragmento de mástil y como pudo. El cuadro no tiene nada de agradable o apacible. No hubiera tenido nada de extraño que Satanás susurrara a su oído que ésta era una forma muy ruda de ser tratado, siendo como era un siervo de Dios y un apóstol de Cristo por añadidura. Pero leamos su testimonio:

“De los judíos, cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en viajes, muchas veces; en peligros de ríos, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros

entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchas noches pasadas en vela, en hambre y en sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias” (2.a Corintios 11:24-28).

Si Pablo hubiera esperado que la dirección de Dios había de hacer su camino fácil, la habría perdido de vista, pero no ocurrió así. Bajo estas circunstancias pudo testificar: «Dondequiera que voy doy gracias a Dios porque hace mi vida provechosa para Cristo.» (Véase Filip. 1:12-20.)

Esta es la pauta de Dios para nuestras vidas. Aquí está la seguridad de que Dios conduce aquellos que encuentran circunstancias difíciles en su camino. La guía de Dios no significa que las cosas serán distintas de las corrientes y vulgares. Tampoco se puede decir que van a ser felices.

BELLEZA EN LA OSCURIDAD

Se nos dice que en algunos de los talleres de encajes en Bruselas hay algunas habitaciones dedicadas a la fabricación de los modelos más delicados de encajes. Estas habitaciones están totalmente a oscuras excepto por un rayo de luz que penetra por una pequeña ventana que cae directamente sobre el encaje que se está fabricando. Sólo hay un obrero en la habitación y está sentado cerca del rayo de luz, de forma que ésta caiga sobre los hilos. «Así —dice el guía—, conseguimos nuestros productos más escogidos. Los encajes tejidos en estas condiciones, con el obrero en la oscuridad y el patrón a la luz, salen más hermosos.»

¿No es posible que ocurra lo mismo con nosotros? Algunas veces nosotros, también, trabajamos en la oscuridad. La pauta es todavía demasiado vaga para nosotros. El camino que parece tan oscuro bajo nuestros pies ha sido escogido por Dios. «El nunca nos envía a oscuras si considera que podemos tolerar la luz.

Capítulo 15

NO TODO EN LA VIDA ES ACTIVIDAD

El autor del Salmo 23 expresa la verdad siguiente: «En lugares delicados me hará yacer.» No todo en la vida es actividad, trabajo, servicio. Aunque es verdad que no hay en ella tiempo para perder, no siempre hemos de estar avanzando a marchas forzadas, en el sentido que hemos de estar activos exteriormente. Algunas veces Dios puede pedirnos que nos paremos y descansemos. Naturalmente, a nosotros no nos gusta la idea de estar echado. Nos parece que sería mejor que anduviéramos. Consideramos que es una pérdida de tiempo el paramos y descansar. Nos parece que un minuto no empleado en actividad es un minuto perdido. No hemos aprendido todavía que podemos hacer más progreso echados, quizá, que esforzándonos por avanzar. A veces estamos tan agotados y preocupados que es mejor que nos echemos un rato.

EL TIEMPO PASADO EN LA ENFERMEDAD NO TIENE QUE SER PERDIDO

Algunos piensan que sería casi un pecado si descansáramos aunque fuera unas pocas horas en nuestra semana tan ocupada. Pero hay el peligro de que podamos pasar por alto la necesidad de ser alimentados, nosotros mismos, si hemos de alimentar a otros. Es fácil olvidar que necesitamos ser bendecidos para poder bendecir. El día que no tiene su rato a solas, quieto, con el Maestro ha sido un día perdido. Siempre que el Buen Pastor nos hace echar para descansar, podemos estar seguros que es con miras a darnos alguna nueva bendición. Esto es verdad muchas veces cuando nos conduce a un cuarto de enfermedad, y corre las cortinas. No quiere que los días y semanas pasados allí sean perdidos. Las actividades exteriores en que estábamos empleados no son sólo las únicas cosas que cuentan en nuestra vida, ni tan sólo las más importantes. No estamos aquí sólo para arar,

sembrar y recoger, edificar casas y puentes, comprar, vender y hacer ganancias. Todas estas ocupaciones tienen su tiempo oportuno, pero nuestro propósito principal es crecer en el carácter y semejanza de Cristo. Esto es aprender a amar. Las otras actividades son incidentales. El verdadero objetivo es el formar carácter divino.

Cuando se nos llama aparte de nuestras tareas comunes, por un período más o menos largo, es que estábamos en peligro de olvidar estas cosas. Es evidente que es necesario hacer algo en nosotros, algo más importante que la tarea en que nos ocupábamos antes de la interrupción. Si nos hiciéramos cargo de esto cuando tenemos que echarnos, nos ayudaría a ser más pacientes y obedientes. Hay una bendición en esperar en quietud en un cuarto al que somos conducidos. Nuestra teología puede ponerlo en duda, pero hay una lección asignada que hemos de aprender. Del mismo modo que se encierra a un pájaro en un lugar oscuro para que aprenda un canto nuevo que no aprendería excepto en la oscuridad, el ser retirados a la sombra es para que aprendamos un dulce canto en la noche, para que podamos cantarlo a los oídos de los que están tristes y apesadumbrados. Y el precio no es demasiado alto para poder tener el privilegio de cantar aunque sólo sea una sola nota que bendiga al mundo. (Adaptado de J. R. Miller.)

No hay pesadumbre que tengamos que sufrir que sea demasiado penosa si nos revela algo nuevo de la belleza de Cristo o desarrolla en nosotros alguna disposición que nos haga asemejar más a Cristo. Como el mejor de los amigos es Jesús, ¿no ha de valer la pena el dejar nuestras tareas durante un rato cada día para entrar en una comunión más íntima, más dulce, más cercana con El?

Me estoy predicando a mí mismo ahora. La vida significaría mucho más para mí si supiera tomarme las cosas con más calma. Todos estamos bajo mucha presión, constantemente, de modo que hacemos nuestro trabajo de modo febril. No tenemos oportunidad de escuchar el «silbo apacible y delicado» que le habló a Elías. Nos apresuramos de modo que no nos queda tiempo para pensar, para meditar, para estrechar nuestra amistad con el Maestro. El secreto del hermoso carácter de Juan era el que reclinara su cabeza contra el pecho de Jesús. Y Dios a veces quiere que lo dejemos todo y que descansemos.

LA IMPORTANCIA DEL «DESCANSO»

Ruskin escribió lo siguiente a una joven con la que tenía correspondencia: «No hay música en un descanso (un descanso o pausa musical, se entiende), Katie, que yo sepa, excepto la música que hacemos nosotros durante el mismo.» Lo mismo vale para la vida. Los descansos (o pausas) en el pentagrama no son, en realidad, parte de la música. Con todo, son tan importantes en su lugar, como lo son las notas que hay que tocar o cantar. Si no se hiciera caso de los descansos, la música quedaría echada a perder. ¿No son tan importantes en la melodía de nuestra vida los descansos que Dios nos impone, como lo son las notas, o sea, la actividad? El pasarlos por alto y llenarlo todo es echar a perder la melodía. Así que la dirección de Dios no conduce siempre por caminos de actividad. Puede conducirnos a veces a lugares quietos. «En quietud y confianza será vuestra fortaleza» (Isaías 30:15). El apóstol Pablo exhorta a los tesalonicenses a esforzarse a estar quietos. Y esto no es fácil. La paciencia es una de las mayores virtudes, aunque es también una de las más escasas. Si lo dudas, busca la palabra en tu Concordancia. Hay momentos y horas en la vida en que el deber supremo es no hacer nada, el estar quieto, el esperar a que Dios obre, o el tiempo en que nosotros hemos de actuar. Algunas veces somos tan impacientes que nos sentimos impulsados a estar activos todas las horas del día. Estamos en medio de un movimiento rápido, apresurándonos con ansiedad cuando de repente hallamos un descanso en el pentagrama. Como tenemos tanta prisa, no hacemos caso de él, pues con la prisa, no queremos hacerlo voluntariamente. Por ello Dios nos obliga a respetarlo.

Quizá tenga que dejarnos incapacitados o fuera de combate durante un tiempo, a fin de que nuestra mente descansa en la melodía de la vida. De veras, necesitamos estos descansos que hacen la melodía de la vida más rica y más plena. A veces tiene que forzamos a aceptarlos.

EN TODA VIDA HAY SUS INVIERNOS

La naturaleza nos enseña la necesidad de los períodos de inactividad. El invierno detiene el crecimiento de la vegetación. Durante largos meses no hay hojas en las ramas, ni frutos. Parece tiempo perdido. Pero sin el invierno, el árbol no podría acumular fuerzas para la primavera siguiente, cuando vendrá nuevo follaje y nuevo fruto. Toda vida necesita inviernos, en que parece que todo se detiene, pero sólo espera.

En toda vida tiene que haber pausas, que son más necesarias que las marchas forzadas; Es quedarse quieto cuando lo manda la voluntad divina y soberana.

Es el silencio, mejor que el discurso elocuente,
Mejor que los suspiros, que clamar en desierto;
Es la quietud impuesta
Por voluntad soberana y divina.
Esta pausa y silencio son una melodía
Que no oyen los oídos humanos,
¡Oh, alma, el plan de Dios
Aún avanza, sin la ayuda humana!
Estate quieto y mira;
Mira y aprende.

«La bendición de Dios es la que enriquece, y no añade tristeza con ella» (Proverbios 10:22). No todos lo entienden. Contradice nuestra teología. Pero si vivimos bastante descubriremos nuestro error. Esta es una lección que yo he aprendido.

DIOS MARCA EL PASO

Si entendiéramos mejor a Dios, veríamos que los descansos que El escribe en los compases de nuestra vida son necesario para hacer la música perfecta. Nosotros pensamos que el tiempo pasado en la enfermedad o la senectud es perdido. No tiene que ser así. Los días pasados en soledad, lejos del trajín del mundo, quietos pacientes, confiados, pueden a veces ser tan sagrados e importantes como los deberes urgentes cumplidos en los días de salud y de la juventud.

¿Cómo lee el músico las pausas? Marca el compás, sin equivocarse, y vuelve a dar la nota, según el tiempo, como si no hubiera habido una interrupción en la melodía. Dios escribe la música de nuestras vidas con intención. No te desanimes, pues, por los descansos. No hay que omitirlos, no hay que cortarlos; esto desfiguraría la melodía. Dios marca el compás y podremos verlo si miramos hacia arriba. No somos nosotros los que ponemos las notas en el pentagrama; a nosotros sólo nos corresponde cantar y dejarle esta tarea a El. No tenemos derecho a cambiar notas, quitar o introducir descansos.

No hemos, pues, de quejarnos de pérdida de tiempo en una enfermedad o un ocio forzado, o un esfuerzo malogrado, ni preocupamos de permanecer en silencio. Cuando cumplimos con nuestro deber es cuando no tratamos de introducir actividad cuando El nos manda que estemos quietos. No nos acuciamos a obrar cuando El quiere que descansemos. Una mujer que había aprendido el secreto de la sumisión y la paz y el significado de los descansos manifestó su sumisión asombrosa y su fe cuando dijo: «Oigo la voz de Dios que me dice: “Estate ahí echada y tose.”» Aunque esto pueda parecer contrario a la enseñanza sobre la curación divina, y quizá esta mujer no tenía la luz sobre el tema que muchos tenemos, con todo, esta sumisión y fe puede haber sido, en su caso, un requisito previo necesario a la fe para su curación. Y aunque ella nunca ejerció fe para su curación,

la sumisión y fe que le permitió hacer esta afirmación fue probablemente de más valor a la vista de Dios que una fe que, moviendo montañas, no ha aprendido todavía el secreto de la sumisión.

La vida que más agrada a Dios es la que toma la música que Dios escribe sin intentar cambiarla, creyendo que El es amor y sabiduría, y que El hace las cosas para nuestro bien. (Adaptado de J. R. Miller.)

LA DEVOCION ANTES DE LA ACCION

Debido a la idea equivocada de que servimos a Dios y hacemos progresos espirituales sólo por medio del servicio externo y la actividad, nuestra vida devocional, en estos días, es descuidada, y con ello sufre pérdida tanto la causa de Dios como nuestra experiencia personal. Debido a esto, las formas en que Dios conduce no siempre son caminos de actividad; pueden ser de silencio forzado. «Todo verdadero cristiano necesita períodos de silencio, cuando todo está quieto, cuando cesa la actividad de las otras horas, y cuando el corazón, en santo silencio, se pone en comunicación con Dios. Una de las grandes necesidades de la vida cristiana en estos días es más devoción.»

PRIORIDAD DE LA DEVOCION

No son muchos los que lo saben, pero una vida devocional es la parte más importante de nuestra relación con Dios. Estamos hablando ahora sobre el tiempo a solas con Dios o la hora quieta, según dicen algunos, cuando no hacemos otra cosa que esperar en Dios. No estamos pensando en orar en medio de la actividad, como cuando trabajamos o hacemos otra cosa. Todo esto es posible y necesario. Todo el mundo debiera hacerlo. Pero el Rey de reyes merece más que esto. El comunica su voluntad y comparte sus secretos sólo con aquellos que están dispuestos a «dedicar tiempo a ser santos» y a pasar tiempo a solas con El, para estar bastante quietos para oír su voz. ¿Nos diría tantas veces Dios en su Palabra que esperaríamos en El si no tuviera algo importante para decirnos o hacer en nosotros? Mira y verás lo frecuente que es la palabra «esperar» en tu Concordancia Bíblica.

La familiaridad personal con la Palabra y el tiempo a solas con El son más importantes que todas las otras ocupaciones espirituales combinadas. No tienes que aceptar esto porque te lo diga, pero en mi opinión es más importante que el culto público, la comunión mutua con el Cuerpo, el escuchar sermones predicados, el asistir a clases bíblicas, el escuchar mensajes radiados o en cintas, el dedicarse al evangelismo personal, y el hacer contribuciones financieras. Todo esto es importante. No se puede descartar ninguno de ellos. Pero yo estoy personalmente convencido que la vida devocional es lo esencial para la preservación y eficacia de todas las otras actividades espirituales. Si descuidas tu vida devocional, todas las otras relaciones espirituales van a sufrir quebranto.

La nuestra es más bien una época de trabajo y actividad que de oración. La tendencia es a la acción más bien que a la adoración; el estar ocupado más bien que el sentarse a los pies del Salvador y tener comunión con El. La nota clave de nuestra vida cristiana presente es la devoción al servicio activo, pero la devoción a la persona de Dios, Jesús mismo, es la misma raíz de la actividad efectiva.

Antes de que pueda haber un árbol sano, vigoroso y fuerte, capaz de llevar mucho fruto y resistir el calor y el frío, tiene que haber una raíz bien hincada y nutrida; y antes de que pueda haber una vida cristiana resistente, noble, próspera en la presencia de mundo, segura en la tentación, incommovible en las tribulaciones, rica en fruto, tiene que haber una unión con Dios en secreto. Hemos de recibir de Dios antes que podamos darlo a otros, porque no tenemos nada nuestro con que alimentar el hambre de los hombres o apagar su sed, que sea nuestro. Nosotros no somos más que vasos vacíos en el mejor de los casos, y tenemos que esperar para ser llenados si hemos de llevar algo a los que están en necesidad. Hemos de escuchar en las puertas del cielo antes de que podamos salir a cantar canciones celestiales a los oídos de los que sufren y están afligidos. Nuestros labios tienen que ser tocados con la brasa del altar de Dios antes que podamos ir como mensajeros a los hombres. Hemos

de estar reclinados en el pecho de Jesús antes de que nuestras pobres vidas terrestres puedan ser tocadas por el Espíritu de Cristo y resplandezcan en la hermosura transfigurada de su vida bienaventurada. La devoción nos hace aptos para la actividad.

A fin de poder conseguir esta preparación para la actividad y el servicio, necesitamos introducir en el curso de nuestras vidas muchas horas quietas, en que hemos estado sentados a solas con Cristo en comunión personal con El, escuchando su voz, renovando nuestras fuerzas agotadas en su plenitud, y siendo transformados en carácter contemplando su faz. Los hombres ocupados necesitan estos períodos quietos de comunión espiritual, porque sus días de trabajo y cuitas y lucha tienden a entregar la fibra de su vida espiritual y agotar su fuerza interna. Las mujeres especialmente necesitan estos períodos de silencio y quietud, porque hay muchas tareas en la casa y en la vida social que agotan sus provisiones de gracia. El cuidado de los niños, la misma rutina de la vida del hogar, los millares de cositas que ponen a prueba su paciencia, son gravosas a sus espíritus, tienden a desbaratar su calma, por lo cual se hace imperativo que cada mujer cristiana ponga en su vida una hora quieta, cada día, en que, como María, pueda sentarse a los pies de Jesús y ser alimentada en el alma. Son demasiados los que dan a Dios sólo unas migajas de tiempo cuando se está agotado, al final del día. (Adaptado de J. R. Miller.)

Este mensaje se abrió con el énfasis en la acción. Se termina con el énfasis en la devoción, porque no puede haber acción que sea efectiva en el reino de Dios, sin devoción. Este pensamiento ha sido expresado de modo convincente por S. D. Gordon en Pláticas sobre la Oración: «Puedes hacer más que orar cuando has orado. Pero no puedes hacer más que orar hasta que has orado.»

LA MONTAÑA COREANA DE LA ORACION

El creyente típico norteamericano no suele tomar la oración como cosa muy importante en su vida, no tenemos costumbre de hacer de la oración «el negocio más importante de la vida». En realidad, muchos ni aun han pensado, probablemente en una cosa así. Muchos tienen la idea que sólo asoma, pero no da la cara, de que la oración es una pérdida de tiempo. Pensamos que no nos podemos permitir dedicar tiempo a orar. Tenemos demasiado que hacer. Pensamos en las personas inválidas, o retiradas, o enfermas: éstos son los que deben hacerlo.

Esto ocurre porque no creemos que «la oración es en realidad acción». La Iglesia en conjunto ha fallado en comprender la realidad espiritual. Satanás nos ha dejado cegados al hecho de que el mundo real es el mundo de los espíritus y que el que los espíritus no tengan cuerpos visibles no significa que no existan. En Efesios, Pablo explica que los espíritus son personas verdaderas, y que tienen características identificables, como una persona, excepto el cuerpo visible. Aunque son imperceptibles a la visión como el aire o la corriente eléctrica, no por eso son menos reales. Los espíritus son agentes manipuladores de la personalidad humana y del orden social en general, sin que nosotros nos demos cuenta de ello. Es por esto que Pablo dice: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los dominadores espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12).

Nótese que estas personas funcionan en el orden social del mundo. Rigen la comunidad de los seres humanos. Son llamados «principados, potestades, dominadores de este mundo de tinieblas».

Es evidente que son en un número inmenso. Están bajo la dirección y caudillaje de Satanás y operan enteramente para fomentar y prosperar sus deseos, objetivos y propósitos diabólicos. Están en constante oposición, enemistad y conflicto con Dios, y todo lo que es santo. No hay un sólo momento en que no procuren «matar, robar y destruir». Juan dice que «sabemos que el mundo entero yace bajo el poder del maligno» 1ª Juan 5: 19).

Satanás y sus huestes no son espíritus independientes. Dios usa la oración como entrenamiento para que los suyos aprendan a regir en su reino, después de las Bodas del Cordero. Por tanto, por un decreto constitucional, exclusivo, especial, El ha delegado autoridad a los miembros de su Cuerpo sobre todos los poderes del enemigo. Esta autoridad para atar y soltar a los espíritus malignos va con la promesa que «nada os dañará» (Lucas 10:19).

Por lo que yo sé, sólo los seres humanos redimidos han recibido esta orden de poder atar y soltar a Satán en los asuntos de la tierra (Mateo 16:18, 19 y 18:18). Esto es debido a que Dios está usando a Satán para enseñar a la Iglesia a vencer en preparación para el trono (Apocalipsis 3:21).

Siendo esto verdad, Satanás será atado y suelto en los asuntos terrestres sólo en la extensión en que la humanidad redimida ejerza la autoridad recibida de Dios. Es por esto que la oración es acción, esto es, la oración es lo más importante que un hombre puede hacer por Dios y por el hombre. Es por esto que John Wesley dijo: «Dios no hace nada sino es por la oración.»

Hemos oído de la Montaña coreana de Oración, que consiste en que hay dos mil personas, día y noche, cambiándose por turnos, que están constantemente en oración. Se nos dice que de este ministerio de oración ha salido la iglesia mayor del mundo, reminiscente de la Iglesia primitiva del primer siglo, ¿Es esto un ejemplo adelantado o una ilustración del cumplimiento de la profecía y promesa de Joel 2:28 y Hechos 2:17, de que «derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, en los últimos días»? Si lo es, es una confirmación de la convicción de que el cumplimiento de esta profecía espera y depende de un avivamiento en masa de la Iglesia a la oración intercesora. Aunque Dios ha hablado, hay evidencia escritural de que la profecía que ha salido de la boca de Dios no se cumplirá hasta que la Iglesia tome muy en serio la oración y haga de ella su empresa más importante. ¿Es posible que Dios se vea obligado a hacer uso de la Iglesia de los campos de misión para enseñar a los creyentes de los países «cristianos» que «lo más importante que se puede hacer por Dios y por el hombre es orar»?

FIN

Distribuido por:

Cursos Bíblicos
Apartado 2.459
28080 MADRID

correo-e

cursosbiblicos2000@gmail.com

Página web

<http://cursosbiblicos2000.jimdo.com/>